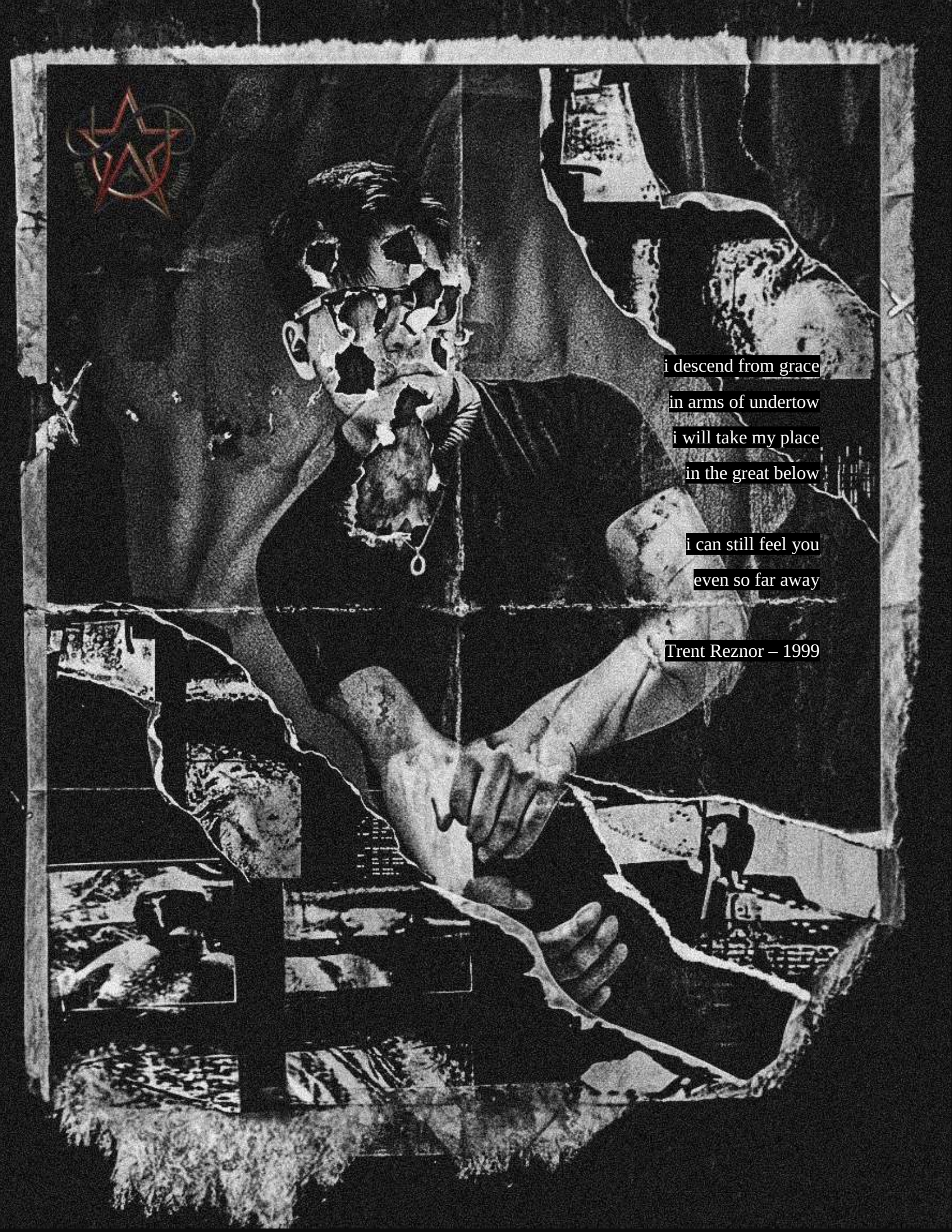
Lo más profundo
Mísero


i descend from grace
in arms of undertow
i will take my place
in the great below
i can still feel you
even so far away
Trent Reznor – 1999

Mísero
Triptico: Lo más Profundo
Sosiego a Contraluz
Fosa de los Ángeles
Profana Trinidad
Los ángeles se encuentran en
lo mas profundo

Sosiego a
Contraluz
Mísero

I

Leo Dante aprendió a reconocer el llanto de su madre antes de comprender su causa. No era un llanto ruidoso, de esos que estallan en la cocina y se resuelven con un abrazo o golpes. Era un silencio que vibraba en la habitación como un zumbido constante, una corriente invisible que le erizaba los brazos y le indicaba que debía desaparecer o quedarse quieto, muy quieto, junto a la puerta entreabierta. Las palabras de los adultos nunca explicaban nada; flotaban sobre las cosas sin tocarlas, y la tensión sofocante de la casa los ahogaba a ambos por razones que nadie se atrevía a nombrar. Ocurría siempre al atardecer, Su madre se sentaba frente a la ventana cuando el sol comenzaba a descender, tiñendo la estancia de un naranja denso, cálido, que se pegaba a los muebles como polvo. Con la mirada fija en un punto inexistente más allá del vidrio, a veces pronunciaba un nombre en voz baja —un susurro que se enredaba en el viento y moría en el piso—; otras, solo respiraba hondo, como si algo le oprimiera el pecho desde dentro. Leo no sabía exactamente quién era la persona que faltaba, pero sabía que su ausencia se había convertido en presencia, ocupaba más espacio que los muebles, más que el aire, incluso muchos años después. El tiempo, en aquella casa, no pasaba: se acumulaba en las esquinas, en las fotografías viejas era donde más polvo se posaba, en objetos banales descuidados y rotos que en las manos de su madre trataban como reliquias. A veces, Leo se sentaba en el suelo del pasillo y la observaba por la rendija de la puerta. Quería hacer algo. Pero intuía, con esa sabiduría extraña de los niños que crecen en casas tristes, que su consuelo no era el que ella necesitaba. El sufrimiento ajeno, a veces, no basta para cerrar una herida, incluso cuando nace de la mejor intención. Sin embargo, alejarse nunca es suficiente. Él quería claridad, y solo encontraba confusión. Una tarde, mientras el sol caía con más fuerza y el perfil de su madre parecía a punto de disolverse en la luz, Leo tomó una decisión. Recordó haberla escuchado decir que ella —esa persona sin rostro— había descendido de la gracia hacia lo más profundo. Leo no sabía dónde quedaba lo más profundo, pero sí sabía dónde habitaba su memoria, en un lugar atemporal, donde muere la memoria.

1988

—Todo esto es para ti —dijo en voz baja, sin saber muy bien a quién se lo decía.

Planeó su partida. No porque supiera qué hacer, sino porque los niños creen que el dolor es un lugar, y que basta con llegar a él para comprenderlo. Aún no entendía el peso de una memoria. Prefería dejar ese yugo a los adultos. Pero ese día decidió actuar, incluso a costa de dejar a su madre sola frente a la ventana.

Al ritmo de su trote, avanzó por las calles vacías del barrio. El viento golpeaba su rostro como un aviso de lo incierto, del peligro que siempre habita afuera; pero ahora era lo único que lo acompañaba en su camino hacia lo profano. La gorra bretona, demasiado grande, le bailaba en la cabeza con cada zancada, y el overol gastado olía a casa, a un hogar que se alejaba con cada paso. Creía escuchar voces de memorias pasadas en el viento: siempre gritando, agitadas, como si intentaran mostrarle algo que ni ellas mismas comprendían.

II

Las puertas del cementerio estaban abiertas. Leo aminoró el paso hasta detenerse justo en el umbral. Vacilo un momento y entro. Dentro, el aire era distinto: más espeso, más pausado. El bullicio de las calles —bocinas, voces elevadas, el estruendo metálico del basurero a lo lejos— desfallecían aquí, reemplazado por un silencio que no era de vacío sino de paz, como las rosas que caen en los sepulcros en los entierros, pero sin el llanto. Por primera vez en el día, Leo sintió que podía respirar sin que el aire le pesara en los pulmones. Se abrió paso hacia la herencia de su antigua generación, convencido de que podría sentirlos incluso desde lo más hondo. Sus decisiones aún resonaban en el presente; era una cruz que todos debían cargar, pensaba, aunque no supiera explicar por qué. El cementerio era un lugar de contrastes. Al final del pasillo principal se alzaban grandes mausoleos de mármol blanco, construidos por quienes tenían demasiado. Hacían que las demás tumbas parecieran insignificantes, como si incluso la muerte obedeciera a jerarquías. Leo se cruzó por un sendero detrás de unos cipreses raquíticos, dejando a su paso un espejo roto y velas dispersas en el suelo, algunas aún con cera tibia. Aquello lo inquietó, pero no se detuvo.

—Madre siempre estuvo aterrada de este sitio —pensó en voz alta, como para darse valor— Decía que era un lugar triste, donde los muertos son solo huesos olvidados.

Pero él no veía tristeza. Veía quietud. Y la quietud, para un niño que crece entre suspiros, es una forma de paz. Siguió caminando hasta detenerse frente a una tumba descomunal, distinta a todas las demás. Se subió a ella con dificultad, raspándose las rodillas en la piedra áspera, convencido de que pertenecía a alguien importante: quizá un emperador, quizá un mago. En la base había varios nombres grabados con caracteres japoneses que no podía descifrar. Divagó un momento, contemplando la calma cálida que le ofrecía la vista: un lugar donde el sol aún se posaba con fuerza, como si quisiera ser testigo de su sosiego. El tiempo, allí dentro, no avanzaba como afuera. Un minuto podía durar lo mismo que una tarde entera. En el horizonte, entre las cruces torcidas, asomó una sombra. Se movía, jugaba, corría. Una niña. Llevaba un vestido blanco que ya no lo era del todo: la tela había absorbido polvo, luz y años, volviéndose amarillenta como las páginas de un libro bajo una ventana. Tenía el pelo oscuro,

como mechones rebeldes. Daba vueltas sobre sí misma con los brazos extendidos, como un girasol que ha perdido la dirección del sol.

Leo bajó de la piedra y se dirigió hacia ella.

—¿Buscas a alguien también? —preguntó, frenando a una distancia prudente.

Ella no se detuvo. Siguió girando, con los ojos entrecerrados, ajena a su presencia como si Leo fuera una piedra más en el suelo. Respondió con una voz que parecía venir de lejos, aunque estaba a menos de tres pasos:

—Quizás. Todos buscamos a alguien, o algo que nos haga sentir vivos.

—Mi madre también busca a alguien —dijo Leo, bajando la mirada hacia sus propios zapatos gastados—. Pero ella no viene aquí. Ella busca en el aire, frente a la ventana.

La niña dejó de girar. Bajó los brazos lentamente y lo miró. Sus ojos tenían la claridad de quien no conoce el miedo, o quizá de quien ya lo ha olvidado todo. Eran grandes, de un marrón tan claro que a la luz del atardecer parecían casi dorados, como monedas antiguas. Tenía una mancha de tierra en la mejilla derecha y una ramita seca enredada en el cabello, justo encima de la oreja.

—Es que el aire es más grande —respondió con una sonrisa pequeña, afilada en las puntas— Aquí abajo las piedras son pesadas. El amor es denso y se encuentra debajo, por eso traen flores y lloran sobre la tierra. ¿Tú lloras?

—No —dijo Leo, sorprendido por la pregunta.

—Yo tampoco. Prefiero observar. —Y señaló hacia arriba, hacia el cielo que empezaba a cambiar de color—. ¿Ves? Dios ve desde el cielo y cuando llueve, significa que llora.

Leo bajo la mirada de nuevo y se preguntó ¿qué tal si las personas también lloran desde el cielo? —Me llamo Leo Dante.

Ella le regresó una sonrisa —Mercedes Moncour.

Y se echó a correr de nuevo, perdiéndose entre los mausoleos como una mancha de luz que se desvanece. Leo decidió seguirla, porque nunca había tenido nada claro, y seguir a alguien que no parece perdido es, quizás, una forma de orientarse.

III

Mercedes dejó de correr frente a una fosa abierta. Cuatro adultos vestidos de negro bajaban una caja de madera con cuerdas ásperas. Algunos lloraban con fuerza, con hipidos que resonaban contra las lápidas. Otros solo miraban el suelo, como si la tierra fuera culpable. Leo notó que casi ninguno miraba el rostro del otro. Mercedes, en cambio, se fijaba en las manos: cómo temblaban, cómo soltaban flores que no parecían querer caer, como si también ellas supieran que iban a morir y los que lloraban no.

Leo se paró en seco, ladeó la cabeza y la miró de reojo.

—La muerte es muy mala —susurró Leo, apretando los botones del overol—. Hace que todos se pongan tristes. Ojalá hubiera otra forma de ayudar.

Mercedes levantó la cabeza muy despacio. No parecía triste, solo curiosa.

—No es mala, Leo. Para algunos es como volver a casa, porque están con Dios, ya no les duele nada —dijo, señalando a los adultos—. Los problemas son ellos. Se quedan llorándole a una caja vacía, como si todavía pudieran oírlos.

Miró de reojo la fosa mientras caían pétalos adentro y se encogió de hombros con una sonrisita misteriosa.

—Los muertos ya no tienen voz. Por eso estoy contigo

Y, sin decir más, volvió a caminar, arrastrando los pies entre el pasto. Leo tardó un segundo en reaccionar, pero corrió a emparejarse con ella, avanzando hombro con hombro hacia más allá, donde el cementerio dejaba de ser un lugar ordenado, el terreno cambiaba. Las lápidas se inclinaban como dientes a punto de caer. La tierra estaba revuelta, y los pasillos se alargaban hasta volverse laberintos sin lógica. El olor era distinto: a humedad, a metal oxidado, a algo que había sido abandonado mucho antes de que ellos nacieran. El sol ya no llegaba con la misma claridad; se filtraba entre los árboles como un líquido espeso, anaranjado y sucio. En ese rincón olvidado encontraron una tumba distinta a las demás. No era un mausoleo imponente ni una lápida común. Era una estructura baja de piedra, casi como una casa pequeña, con un techo a dos aguas y una puerta de hierro en miniatura que alguna vez tuvo cristal. Alguien, hacía mucho tiempo, había construido aquello para que un niño descansara. Ahora, la puerta estaba entreabierta, el interior oscuro, y sobre el techo plano crecía musgo seco como una alfombra olvidada.

Mercedes se subió primero, con la agilidad de quien ha trepado mil veces. Extendió la mano hacia Leo, que la tomó sin dudar. Se sentaron sobre la tumba-casa, escondidos entre dos cipreses que formaban un refugio natural. Desde allí, el mundo exterior —el basurero humeante, las calles ruidosas, las casas con ventanas tristes— no existía. Solo existía ese espacio, esa luz que lo cubría todo como una manta, y el silencio cómodo de dos niños que no necesitan hablar para estar juntos.

—Aquí es mi sitio favorito —dijo Mercedes, quitándose la ramita del pelo y dejándola sobre la piedra—. Nadie viene nunca. Solo yo. Y ahora tú.

—¿Por qué te gusta? —preguntó Leo, pasando la yema de los dedos por el musgo seco.

—Porque es una casa —respondió ella, como si fuera obvio—. Las otras tumbas son solo piedras. Esta tiene puerta. Puedes llamar, y nadie te abre, pero tú sabes que hay alguien dentro. Eso es mejor que saber que no hay nadie.

Leo pensó en la ventana de su madre, en cómo ella miraba al aire esperando una respuesta que nunca llegaba.

—En mi calle —dijo Leo, buscando algo que decir— todas las casas tienen el mismo color. Un gris que se descascarilla. Y los perros ladran todo el día. Una vez encontré un zapato en los cables de la luz y nadie supo explicarme cómo llegó.

Mercedes soltó una risa corta, como un cascabel roto.

—Aquí también hay zapatos —dijo—. Pero están enterrados con sus dueños. ¿De qué color era el zapato?

—Negro. Muy viejo. Con un agujero en la punta.

—Como el zapato de un fantasma —sentenció Mercedes con seriedad absoluta—. Los fantasmas siempre llevan zapatos viejos, porque nadie les compra nuevos.

—¿Tú crees en fantasmas?

Mercedes se quedó callada un momento, mirando el cielo que empezaba a teñirse de un naranja más intenso, como si alguien hubiera derramado tinta sobre el horizonte. Luego se encogió de hombros.

—No sé. Pero si yo fuera fantasma, me gustaría tener zapatos nuevos. —Movió sus pies descalzos, sucios, con las uñas llenas de tierra—. Aunque caminar sin zapatos es mejor. Sientes dónde pisas.

Leo miró sus propios zapatos, gastados pero enteros. No supo qué responder. Señaló hacia el horizonte, donde el basurero de la Zona 3 exhalaba una columna gris que se mezclaba con las nubes reales. Leo siguió su dedo y vio, por un instante, lo que ella veía: un mundo partido en dos. Arriba, lo limpio y frío. Abajo, lo sucio y cálido. Y ellos, en medio, sentados sobre una casa de muertos. Se quedaron un rato en silencio. Mercedes tarareaba una canción sin melodía clara, inventada. Leo miraba sus propias manos, todavía manchadas del polvo de la tumba del emperador falso. El sol seguía bajando, y la luz se volvía cada vez más dorada, más densa, como si quisiera envolverlos antes de irse.

—Mercedes —dijo Leo.

—¿Qué?

—¿Tú le tienes miedo a algo?

Ella dejó de tararear. Giró la cabeza hacia él, y sus ojos dorados reflejaron el sunset como dos espejos pequeños.

—No le tengo miedo a estar sola —dijo por fin—. Le tengo miedo a que no me recuerden.

Leo sintió que algo en su pecho se encogía. Recordó a su madre frente a la ventana, murmurando un nombre una y otra vez, como si repetirlo bastara para que la persona no se desvaneciera.

—Mi mamá recuerda a alguien —dijo—. Todo el tiempo. Y eso también duele.

—Entonces recordar también da miedo —concluyó Mercedes con una lógica aplastante—. Todo da miedo, menos esto.

—¿Esto?

—Esto. —Golpeó la piedra con la palma abierta—. Sentarse aquí. Mirar el cielo. No pensar en nada importante. ¿Ves aquella nube? Parece un perro con tres patas.

—Parece un pez.

—Los peces no tienen patas, Leo.

—Por eso. Por eso es un pez.

Mercedes se rio de nuevo, y su risa rebotó contra los cipreses como un pájaro asustado. El sonido era tan limpio, tan ajeno a la tristeza del lugar, que por un instante el cementerio dejó de ser un cementerio y se convirtió en lo que ella veía: un parque sin columpios, un jardín de piedras, un escondite perfecto. Pasaron un rato más nombrando nubes. Una parecía un sombrero. Otra, una cuchara rota. Una tercera no parecía nada, y eso también estaba bien. El mundo afuera no existía. Solo existía esa burbuja de luz naranja, ese techo de musgo, esa casa pequeña donde nadie les abría la puerta, pero donde, por primera vez, ambos se sentían acompañados. Fue Mercedes quien rompió el hechizo. Se puso de pie sobre la tumba, tambaleándose un poco, y señaló hacia el punto más alto del cementerio, donde el camino ascendía hacia un promontorio que dominaba el horizonte.

—¿Ves allá arriba? Ahí termina todo. Y empieza el basurero. ¿Quieres ir?

—¿Tú vas?

—Yo siempre voy. Pero nunca con nadie.

Leo se levantó. Se sacudió el overol y se ajustó la gorra.

—Pues ahora vas conmigo.

Mercedes sonrió —esa sonrisa que parecía saber algo que él no—, y echó a correr colina arriba. Leo la siguió

IV

El camino ascendente era más agreste. Las lápidas se apilaban como fichas de dominó a punto de caer. Algunas no tenían nombre. Otras tenían rejas torcidas, y nombres arrancados a medias. Mercedes dudó en preguntar algo, pero mejor calló. Su vestido blanco ya había dejado de ser símbolo de algo limpio. No por suciedad, sino porque el tiempo lo había tocado. La tela se volvía dorada bajo el sol detenido, como si el atardecer la estuviera pintando desde dentro. Leo vio su nombre con diferente apellido varias veces en las lápidas. "Leo" aquí, "Leo" allá. Decidió no decir nada. Esas casualidades, en este lugar, no parecían casualidades. El sol que antes le brindaba sosiego empezó a teñirse de un naranja sucio, filtrado por una bruma que no era niebla, sino el humo lejano de algo que siempre se estaba quemando. Las rejas que alguna vez protegieron los legados familiares habían sido arrancadas; el metal y la plata de las placas tenían precio por kilo, eran el sustento de los vivos a costa de la paz de los muertos. En ese rincón del mundo, la memoria no era más que una moneda para satisfacer impulsos. Llegaron al borde. El cementerio terminaba de forma abrupta en un cañón de desperdicios. El basurero se extendía allá abajo como una herida abierta en la tierra, humeante, interminable, donde el gobierno prefería no mirar. Entre los restos, dos niños jugaban con palos y llantas viejas. Eran como él, pero sus pies pisaban lo que el mundo ya no quería, mientras Leo pisaba lo que el mundo intentaba retener. Ellos reían, se empujaban, construían algo con las manos. Jugaban sin el yugo de la memoria, libres de un pasado que aún no comprendían del todo.

—Mira —susurró Mercedes, alcanzándolo. Tenía las mejillas encendidas por la carrera—. Son como nosotros. No parecen perdidos.

—Quizás no lo están —respondió Leo—.

Se dio la vuelta para enfrentar el final del camino. Frente al sunset, la última tumba lo esperaba. El aire se volvió denso; la luz naranja se transformó en algo oscuro, casi sólido, y la presión del silencio le oprimió el pecho como una mano invisible. Tropezó con restos de coronas marchitas, escombros de mármol y fotografías enterradas en el suelo —rostros desconocidos que lo miraban fijamente—, hasta que sus dedos tocaron el frío concreto.

—Esto es por ti —dijo en un aliento.

Frente a él solo quedaba un nombre grabado directamente en el cemento: Ángeles Dante. No había placa. No había reja, la fotografía tallada había sido borrada. El mármol había sido arrancado, dejando la herida abierta en la piedra. Todo lo que su madre temía —ese vacío, esa nada que queda cuando el mundo te arrebata hasta el nombre de tus cuerpos— estaba allí, frente a sus ojos. La memoria, robada a pedazos por la necesidad de los vivos

Entendió entonces el llanto frente a la ventana. Su madre no lloraba por la muerte. Lloraba porque el lugar de su recuerdo había sido saqueado, porque ni siquiera podía tocar el nombre que repetía en susurros, estaba ahí, en el único espacio que pudo adquirir.

Mercedes, contemplaba la vista. El cielo, para ese punto, ya estaba lleno de estrellas. Se había sentado en una lápida cercana, con las piernas colgando, y miraba hacia arriba como si pudiera contar cada punto de luz. Su vestido, ahora teñido de sombra, parecía fundirse con la noche que avanzaba.

—A veces pensaba que era aburrido estar aquí —dijo a su espalda, con una voz más suave que antes, casi un murmullo—, pero hoy entendí el valor de las flores. Es lindo que alguien las traiga, aunque se sequen. Porque significa que alguien recuerda. Y eso es más de lo que tienen muchos.

Leo se volvió a mirarla. Por un momento, bajo la luz de las primeras estrellas, notó algo que antes había pasado por alto: Mercedes no proyectaba sombra. O quizá sí, pero su sombra era más larga que ella, y se movía en dirección contraria a la luz, como una aguja que señalara hacia abajo.

—Debo irme —dijo ella, sin mirarlo—. Mi familia me espera.

—¿Dónde vives? —preguntó Leo, aunque algo dentro de él ya sabía la respuesta. Quizás la había sabido todo el tiempo.

Mercedes sonrió. No respondió. Solo señaló con un dedo sucio hacia el sector más antiguo del basurero, donde se mezclaban con las tumbas que tenían más de cien años y los nombres ya eran ilegibles, borrados por el musgo, el viento y el olvido.

—Aquí ya no queda nada más que oscuridad —murmuró Leo.

—La oscuridad también es un lugar donde estar, Leo —dijo ella, y su sonrisa se volvió más amplia, casi cómplice—. Además, no toda la oscuridad está vacía. Algunas tienen estrellas.

Y antes de que él pudiera decir nada más, Mercedes se desvaneció entre los mausoleos. Sobre la lápida donde había estado sentada, solo quedó la ramita seca que antes llevaba en el pelo.

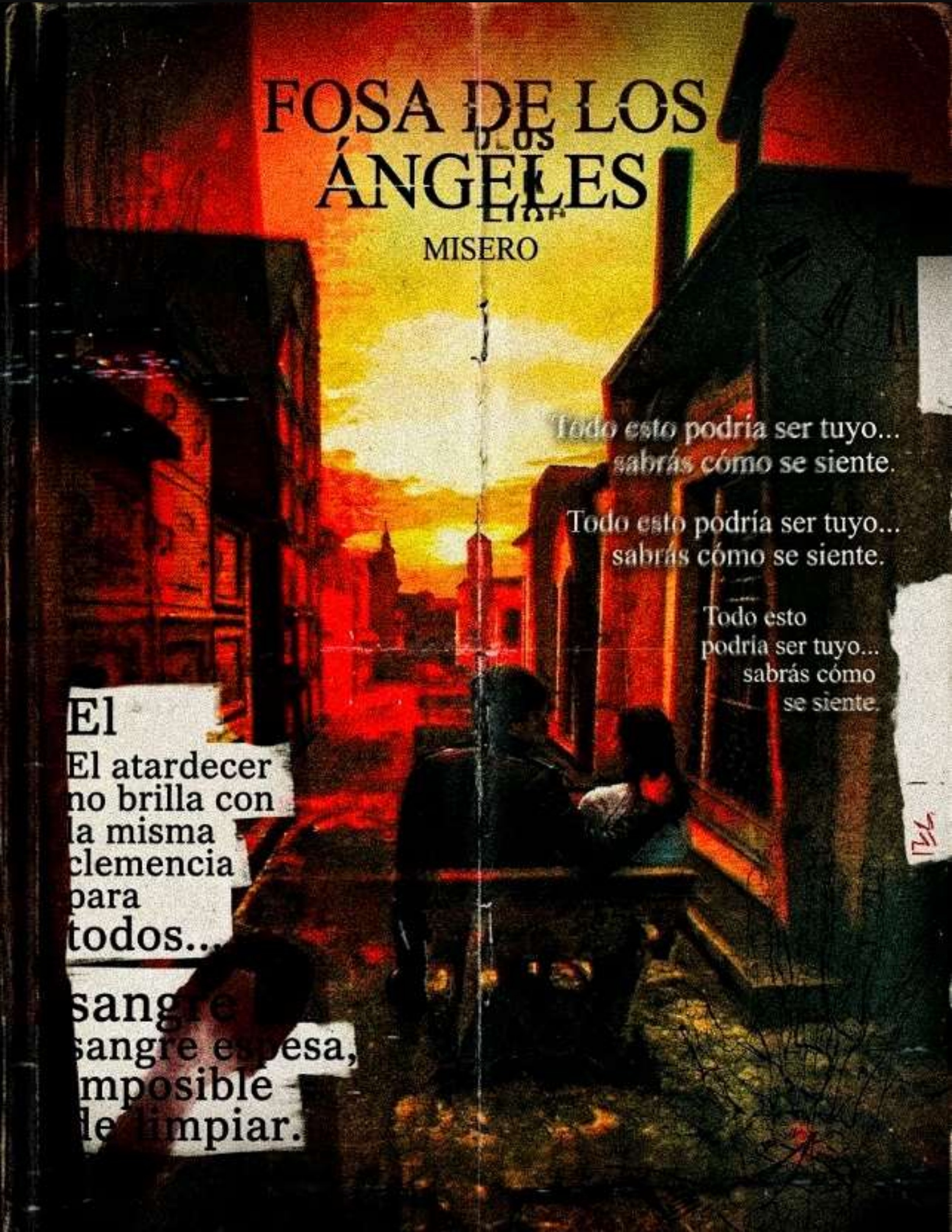
Leo la recogió. La guardó en el bolsillo del overol. Se quedó un rato más, mirando el hueco donde debió estar la placa de Ángeles Dante. Luego, sin prisa, emprendió el regreso.

Leo regresó a casa cuando el cielo ya era completamente oscuro. Su madre lo esperaba en el umbral, con los ojos hinchados y las manos temblorosas, pero no le gritó. Solo lo abrazó, como si hubiera estado conteniendo la respiración desde que él se fue.

Ahora, cada tarde, Leo se sienta junto a ella frente a la ventana. Ya no intenta entender la causa de su llanto, ni busca palabras para consolarla. Solo se queda allí, en el mismo rincón, bajo el mismo sunset que le reveló la verdad. Y ese silencio que ahora es lo único que le da consuelo a su madre. Porque ya no es un silencio de ausencia, si no de presencia.

Él ya no trata de entender. Solo acompaña.

En el sosiego que queda a contraluz.


FOSA DE LOS ÁNGELES
MISERO
Todo esto podría ser tuyo... sabrás cómo se siente.
Todo esto podría ser tuyo... sabrás cómo se siente.
Todo esto podría ser tuyo... sabrás cómo se siente.
El
El atardecer
no brilla con
la misma
clemencia
para
todos...
sangre
sangre espesa,
imposible
de limpiar.

I

Salí a la calle y 2ª avenida a las cinco de la tarde, No esperaba mucho de mi paseo. El aire olía a humo, era denso, provenía de los carros que cruzaban uno tras otro sin parar, sin mirar atrás. La luz del sol ya oblicua, teñía las aceras de un dorado sucio que se desprendía para convertirse en un Azul profundo. Caminaba sin destino, igual que vivía: por inercia, empujado por un motor que no entendía y que ya había empezado a fallar hace muchos años. Ningún propósito violento se premia, me dije, pero las palabras resonaron huecas. Lo efímero es parte de la existencia, y yo estaba a punto de descubrirlo de la peor manera.

No tenía un objetivo claro, como mi propia existencia. Pero necesitaba reflejar mi necesidad de control y odio en el rostro de alguien más; un hombre maquilador, que habita en el interior de todos, pero nadie quiere nombrar. Quería ser, al fin, algo más que este cuerpo sin dirección. Siempre quise ser Dios. Y quizás, de algún modo, lo fui. Porque la muerte —mi muerte o la de alguien más— promete una liberación que la fe nunca me supo dar. No hay jueces ni testigos, solo el instante en que todo se desvanece. como un fósforo que se consume hasta los dedos. A veces, durante el trayecto, temblaba. Talvez por el frío que me subía por la nuca y se instalaba en los dientes, o por la incertidumbre, esa compañera fiel que siempre me ha seguido. Sentía miedo, un miedo como un animal, una presa o un depredador, pero me obligué a ignorarlo. Me convencí de que no debía tenerlo. Si todo iba a terminar en un segundo, si el tiempo era una ilusión, no había razón para temblar. Mi voluntad no era mía: la guiaba algo más, algo herido y viejo, una voz que se hundía desde el fondo del cráneo y que murió encerrada allí mucho antes que yo.

Seguí caminando hacia la 20 calle. El cielo se combinaba con la noche; era hermoso y difícil de contemplar. Un azul manchado de naranja en los bordes, como un hematoma. A veces la oscuridad es difícil de amar, porque nuestro andar está condicionado por los demás, y aunque creas que cambias, siempre terminas en el mismo camino. Está ahí. Los rostros de los desconocidos pasaban uno tras otro, desfigurados por la prisa. Parecían juzgarme, aunque nada había hecho todavía. Una mujer me clavó los ojos con desconfianza; un grupo de jóvenes se apartó al rozarles el hombro. Tal vez era paranoia. O tal vez el ruido constante en mi mente manifestándose de formas autodestructivas, guiándome hacia mi destino difuso. El zumbido dentro de mis oídos se confundía con el motor de los buses. Me obligué a pensar: “Sigan su camino. Ellos seguirán. Mientras yo, ya no.” Quizás me veas en algún otro lado, pero no te acordarás de mí. Seré una nota al pie en una página que nadie lee. Unas calles más, sin rumbo. La presión subía. Sentí el calor húmedo en el costado y bajé la mirada: la sangre comenzó a salir de mi antigua herida, esa que nunca cerró del todo. Intenté limpiarme con las manos, pero el líquido seguía brotando, tibio, inevitable. Era mi interior escapando por la ruta más fácil. No sabía si el final de mi camino era una calle o un abismo. Solo quería que, al menos una vez, mi vida significara algo, aunque fuera otra nota ignorada en el periódico. Un legado podrido, pero a mi manera.

El suicidio ya no es la gran pregunta filosófica. Ahora es: ¿valdrá la pena? ¿Si nadie escucha? Llegué al Oeste. Era oscuro. Avenida del Cementerio. Los árboles —cipreses flacos, casi esqueléticos— susurraban con el viento, y recordé las veces que venía de niño a ver entierros. Siempre lo mismo: el llanto, el contraste entre vivir y morir en un mismo escenario. Ataúdes que bajaban y gente que se iba. El olor a tierra húmeda y flores podridas. Cuando existes, no hay muerte. Y cuando hay muerte, ya no existes. No te preocupes por esa delgada línea, me dije. Dios no te castigará… a menos que sea yo tu Dios. Los minutos se estiraban. Diez de la noche, en mi reloj. Nadie alrededor. Solo mi cuchillo escondido en la bota, y la duda de en qué me he convertido. Entonces lo vi: un hombre caminaba hacia mí. Su rostro era apenas dos ojos fijos, brillando en la oscuridad, pequeños reflectores de un animal nocturno. Por un instante creí que era el destino, el mensajero de mi último acto. El chivo expiatorio que necesitaba.

—Ven, amigo —dije, sintiendo la lengua pastosa—. Vamos a casa, donde todo comenzó. Ahógate en lo denso. Respira lo profundo que soy yo.

Trate de desfundar el cuchillo de la bota. El mango resbalaba de sudor; mi mano no parecía mía. Mi valor, mi voluntad, lo que detonaría algo más grande que yo. En lo que me convertiré. Empecé a acercar las manos. La garganta se me cerraba, la respiración me ahogaba. No debía temblar. Toda una vida de cosas jodidas, arregladas en un solo instante. Esperé que dijera algo. Que me detuviera. Deseaba una razón, un detonante, cualquier justificación. Una palabra que me diera permiso para rendirme o para atacar. Pero solo siguió caminando, indiferente. Dio una zancada hacia un lado, como quien esquiva una mancha, y siguió su ruta sin mirarme.

Ni siquiera me miró

Esto es verdad, comprendí que nadie me había estado mirando nunca. Nunca fui tan relevante ni para ser odiado. Mi presencia era menos importante que mi propia historia, El día se acabó, como el sufrimiento. La enfermedad al fin cumplió su cometido. El peso se me fue y el cuchillo reboto en la acera. la voluntad me abandonó, y Dios al fin murió.

Caí desfallecido en la acera, frente a los muertos, que ahora me abrazaban

Porque regreso a mi hogar.

II

El atardecer no brilla con la misma clemencia para todos; yo siempre lo supe. Mientras yacía contra el viejo concreto decadente de la entrada al cementerio, sentía el peso de mil ojos arrancándome la piel con la mirada. Era un juicio silencioso, una condena que solo existía en mi universo, pero la desesperación se había vuelto tangible: se desbordaba de mi cuerpo en forma de una sangre espesa, casi imposible de limpiar y mucho menos de ocultar. La herida del costado volvía a sangrar como si el propio cuerpo rechazara su raíz. En un mundo diseñado para el odio y la apariencia, quedarse solo es una declaración de guerra contra uno mismo. Una guerra que, a veces, parece más digno perder. Cuando no tienes a nadie, aferrarte a ti mismo parece en vano porque no hay nada que sostener.

—Todo esto podría ser tuyo… sabrás cómo se siente —murmuré, arrastrando las palabras mientras alguien abandonaba el recinto fúnebre. Un grupo de dolientes pasó a mi lado sin mirar, arropados en sus abrigos oscuros. Llorando como si ignoraran la idea de morir desde su concepción. Nadie se detuvo.

Una viñeta negra comenzó a cerrarse sobre el camino a la salida. Parecía que hasta el sol, en su agonía, era cómplice de mi desdicha. Me incorporé con dificultad y eché a andar por la Avenida del Cementerio, hacia el puente. La caminata se alargó. Pasé de caminar a correr en poco tiempo; los pasos pesaban, densos como sangre de asfalto. Todo transcurría más lento mientras la luz azul me golpeaba de frente en la carretera. Vi al sol como a un amigo, el único que se quedaba a despedirse. —Quizás ayer pude ser alguien más —pensé—. Ahora me quedaré aquí. No hay opción; no puedes parar lo que ya ha empezado. Me detuve en seco. Giré hacia la derecha y observé el puente entre los árboles. Era una estructura con bases de metal y madera vieja, descascarada, que cruzaba la quebrada seca. Había estado ahí todos los días, presente, igual que la decisión que estaba dispuesto a tomar; pero solo hoy podía escucharla con claridad. Debajo había desechos, casas improvisadas y seguramente restos de personas como yo, era justo donde pertenecía. Subí con audacia por la madera gastada. Los autos pasaban ignorando mi presencia mientras el piso temblaba, y el cielo se tornaba más rojo, un carmesí de matadero. Cada tabla crujía bajo mis pies. — Ahora todos parecen no entender, pero yo… debo Descender con los ángeles, a lo más profundo —me dije—. Todos los cerdos tienen lo que merecen.

—Se quien está manejando ahora no? Me pregunte. No hay lugar a donde ir o donde esconderse. Se siente como desangrarse desde adentro —era el mantra que repetía mientras sentía, al fin, la madera firme bajo mis pies en el centro del puente. No había nadie alrededor, pero ya no tenía miedo. Nunca lo tuve; lo acepté en cuanto salí de aquella avenida, O quizás desde que fui consciente de mi existencia

Me acerqué al borde. El metal estaba oxidado, frío. Miré al cielo y le dirigí mis últimas palabras a alguien que creí mi salvador, aunque nunca fue reconocido por él. —Quiero quedarme, pero todos me recuerdan que no debería estar aquí. Si tú pudieras enseñarme cómo es que debería ser… No sé a dónde se fue, todo lo que pude haber sido. Di unos pasos más sobre el filo, sintiendo el vacío tirar de mis tobillos. El aire caliente se me metía por los poros. Cada vez que me acercaba al límite, la sensación empeoraba; parecía que todo el daño venía de adentro, no del mundo, sino de la raíz podrida de mi interior,

—Es tiempo de volver. Por favor… he sido un huésped en la habitación equivocada.

—No te dejes lastimar esta vez.

La voz llegó desde el otro lado del puente, arrastrada por el viento. Era una voz de mujer, baja y calma, como agua que corre sobre piedras. Levanté la cabeza. Allí estaba, de pie, mezclada con el aire y el olor de la tierra, vestida con una ropa que no parecía de esta época: un vestido blanco con flores diminutas, deslavadas, y zapatos negros de hebilla que no reflejaban la luz. Parecía mezclarse con la silueta de los árboles, que ya se volvían negros por la caída del sol. No era joven ni vieja; era antigua como un cuadro de hace olvidado. Se detuvo a una distancia exacta, donde el viento del puente aún podía arrastrar el olor a flores viejas de su vestido. Gardenias, quizás. Un perfume de velorio. Sus ojos no tenían el juicio que yo veía en los demás; eran profundos, como pozos de agua estancada que reflejaban el mismo cielo que yo admiraba. No me miraban con lástima, ni con miedo. Solo apreciaba. Entendí que hay cierta belleza en la decadencia, aunque ella no parecía pertenecer ahí.

—Es cansado seguir —dijo ella. Su voz no era casi un susurro que cortaba el zumbido de los motores debajo del puente, como un cuchillo sobre seda—. Estás intentando escapar porque crees que el vacío es el único lugar que te va a dejar de pedir justificaciones.

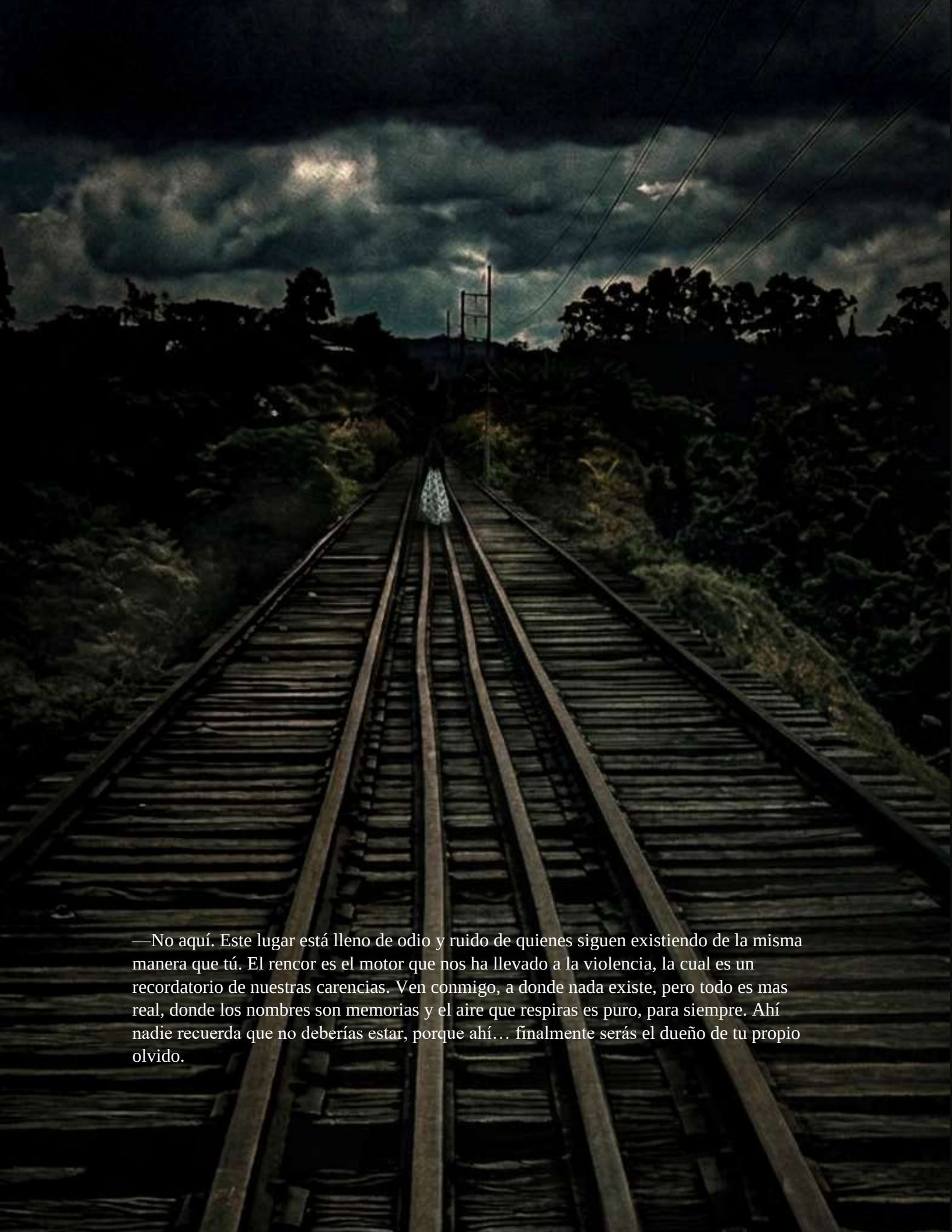
Yo no me moví del borde. Los pies seguían aferrados a la madera maltratada; el metal había pasado del calor de la incertidumbre a un frío silencio que asfixiaba mi razonamiento, si es que aún podía llamarlo así.

—Escucho muchas voces gritando mi nombre —dije, con la voz quebrada—. Veo luces desvaneciéndose mientras chocan entre sí. Sigo pretendiendo que pertenezco, pero todo el tiempo perdido no se puede olvidar. Cada día es una deuda.

Ella ladeó la cabeza y me dedicó una sonrisa pequeña, una que no llegaba a los ojos pero que prometía una paz absoluta, del tipo que solo se encuentra al final de un largo insomnio. Extendió una mano pálida, cuyas venas parecían ramas negras bajo la última luz del día.

—El mundo es una mentira construida sobre expectativas ajenas. Todos fingen que no están desapareciendo, pero tú… tú al menos tienes el valor de admitir que ya no estás ahí.

Dio un paso más, acortando la distancia sin hacer ruido, borrando la frontera entre la muerte y lo que sea que ella representara.



—No aquí. Este lugar está lleno de odio y ruido de quienes siguen existiendo de la misma manera que tú. El rencor es el motor que nos ha llevado a la violencia, la cual es un recordatorio de nuestras carencias. Ven conmigo, a donde nada existe, pero todo es mas real, donde los nombres son memorias y el aire que respiras es puro, para siempre. Ahí nadie recuerda que no deberías estar, porque ahí… finalmente serás el dueño de tu propio olvido.

Miré su mano. El puente dejó de ser una salida para convertirse en un obstáculo, un último trámite. El verdadero escape no era la caída, era caminar hacia esa mujer que parecía haber salido de una fotografía antigua, dañada como las de mis antepasados, como alguien que nunca conocí pero que siempre supe que me esperaba.

—¿Cómo te llamas? —alcancé a preguntar.

Ella se acercó lo suficiente para que yo sintiera que el aire a mi alrededor se enfriaba.

la corriente era más liviana y quizás al fin estaba en mi hogar.

—Llámame como quieras. Al final, todos me encuentran cuando dejan de buscarse a sí mismos. Ven conmigo por un día, a la tierra donde pertenecemos y todo es nuestro.

Bajé del puente con una ligereza que nunca antes había sentido. Tomé su mano; estaba fría, pero para mí, esa frialdad era el alivio de una quemadura que por fin dejaba de arder. Mi mano ardiente se apagó en la suya.

III

Echamos a andar calle abajo, alejándonos del puente y del bullicio de la sociedad. A nuestro alrededor, la ciudad encendía sus luces de neón como pupilas enfermas. El humo de los escapes flotaba a la altura de las rodillas, sucio y acre, pero yo ya no lo sentía. Le hablaba con una urgencia contenida, contándole cosas que nunca había dicho a nadie: el departamento vacío, los que nadie pudo llenar. Ella asentía en silencio, flotando a mi lado con su vestido floreado, rozando apenas el asfalto sucio sin ensuciarse los zapatos.

—Mira cómo nos miran —le susurré, soltando una risa nerviosa, una risa que me salió del pecho— Creen que estamos mal porque no pueden ver este resplandor.

Una mujer mayor con un perro se detuvo, me señaló y murmuró algo a su acompañante. Un grupo de jóvenes se apartó, observando con horror a ese muchacho desarreglado que parecía haber encontrado paz en la oscuridad, riendo a carcajadas con una mano extendida en el vacío, como si sostuviera algo precioso que los demás no pueden ver. Mis ojos, antes apagados, ahora brillaban con una intensidad febril que asustaba a cualquiera que se cruzara en mi camino. Pero yo ya no sentía miedo. El juicio de los demás era solo ruido estático de una radio que ya no sintonizaba. El ruido se había apagado como la luz azul de la noche, solo existía quedaba el silencio.

—Ya casi llegamos —dijo ella, señalando con un dedo largo y pálido hacia el final de la avenida, donde los muros se alzaban como un acantilado blanco—. Mira qué estructuras tan imponentes. ¿Ves el mármol? ¿Ves las flores blancas cubriéndolo todo? Es el jardín que he construido para mantener a los demás afuera.

Levanté la vista. Frente a nosotros, las paredes resplandecían bajo la luna. Para mí no eran muros de concreto envejecido, sino de una piedra blanca y pura que brillaba con luz propia. El olor metálico y húmedo de la tierra removida inundó mis pulmones, pero mi cerebro lo tradujo como el perfume de mil gardenias frescas abriéndose al mismo tiempo.

—Es hermoso —logré decir, Es tan silencioso…

Cruzamos el umbral pasada la medianoche. Mis pasos resonaban sobre la tierra compacta, adentrándonos en las zonas más olvidadas, aquellas que los visitantes no recorrían nunca. Ella me guió por pasillos estrechos donde las estructuras se apilaban como libros en una biblioteca infinita. Para mí, eran estanterías llenas de tesoros, posibilidades que se quedaron en el limbo para nunca ser escuchadas de nuevo. Cada nombre en una piedra, en cada esquina una historia que merecía ser contada; cada cruz, un llanto eventualmente olvidado.

—El cielo sigue oscuro, Las voces vienen y van, Las montañas siguen altas, Sin embargo, algo es diferente—

—Aquí los mantendremos del otro lado —prometió ella.
—Pero ellos siempre están allí esperando, esperando y mutilando —respondí suspirando, mientras mis ojos se dirigían al concreto del suelo.

Me miré las manos. Temblaban, sí, pero ya no de miedo; era un temblor de anticipación. Me tendió la mano otra vez. Esta vez no dudé. Me levanté y la seguí por un sendero que se estrechaba, flanqueado por flores rojas que brotaban directamente de las grietas del suelo. Para mis ojos, eran rosas de un carmesí vivo; para la realidad, eran otra cosa. Pero la realidad ya no me importaba.

IV

Nos abrimos paso ante una grieta en la tierra, una herida negra que partía el terreno en dos. La luz de la luna trazaba un camino plateado hacia el fondo. Un olor a humedad antigua, a raíces y a minerales, subió desde abajo, pero yo lo recibí como el aroma de un jardín familiar.

—Este es el corazón de la morada —sentenció ella, y su voz resonó con un eco que no pertenecía al exterior, sino a mi propia cabeza.

Me asomé al borde. Allá abajo, lo que parecía un jardín extendía sus sombras: gardenias pálidas y rosas negras convivían en armonía, meciéndose sin viento. La claridad lunar señalaba un destino final, un lecho de tierra suelta y flores marchitas. Sentí paz.

—Regresa a donde perteneces, a tu hogar —dijo ella. Su mano seguía fría en la mía, pero ahora sentía una corriente tibia subiendo desde sus dedos, como si ella estuviera absorbiendo el poco calor que me quedaba. La luz mortecina apenas revelaba la palidez de sus manos y el rojo intenso de su sonrisa; el resto de su cuerpo permanecía oculto, devorado por la penumbra.

Al caer, el impacto contra la tierra levantó una onda de polvo que flotó como estrellas minúsculas en el cielo. Me arrastré, clavando las uñas en la tierra, hasta alcanzarla. Un ruido blanco inundaba el espacio hasta que, finalmente, logré tocar sus manos.

—No respires. No mires lo que en mí se pudre —murmuré, rodeándole la cintura con los brazos.

En el suelo yacían la ilusión y el infierno.

—Tú no encajas con la decadencia —concluí—. Eres lo divino entre lo mundano.

MINISTERIO DE GOBERNACIÓN
POLICIA NACIONAL CIVIL
GUATEMALA C.A

Confidencial
ARCHIVO CHR3-T

INFORME POLICIAL
N°04986-PNC-DIST003

DATOS DE LA DEPENDENCIA

Dependencia: Policia Nacional Civil – Div. de Inv.
Lugar: Dirección: 19 calle 2-43, Zona 3
Fecha: 26 de junio de 1997
Hora: 02:45 horas
DESCRIPCIÓN DE LOS
HECHOS

A las 02:45 horas, tras reporte de actividad inusual, se localizó en el sector de la fosa común a un sujeto masculino en estado de esquizofrenia paranoide. El individuo presentaba una desconexión total con la realidad y fue hallado en contacto físico directo con un cadáver en descomposición

El sujeto alegaba estar acompañado por una mujer de vestido blanco.
Se procedió a su traslado inmediato al Hospital de Salud Mental bajo custodia

ACCIONES REALIZADAS
Retiro del individuo de la excavación
Aseguramiento del área y notificación-para levantamiento del cadáver po personal correspondiente
Traslado bajo custodia al Hospital Nacional de Salud Mental "Dr. Federico Mora"

OBSERVACIONES
El individuo no opuso resistence durante la intervenciónMostró insistencia irramoral en permanecer en el lugar

IDENTIFICACIÓN: No establecida ESTADO DEL CASO En proceso

MÍSERO
PROFANA
TRINIDAD

JARDINES DE XELAJU

I

En el país de la primavera en 1972, cuando el sol se ponía tras los cerros de Xelajú y el humo de los fusiles aún flotaba sobre los valles dejando ceniza alrededor, dos jóvenes se encontraron a escondidas en un claro de aguacates y zapotes. Él se llamaba Pascual, ella Dominga. No eran novios —eso estaba mal visto, traía habladurías, traía bullicio y eso atrae peligro— pero sus miradas habían hablado en secreto durante las reuniones de la iglesia evangélica, esas tardes de domingo donde el calor apretaba y las bancas de madera crujían. El pastor José predicaba con la Biblia abierta sobre el púlpito improvisado: "El que ama al padre o a la madre más que a mí, no es digno de Dios". Pero Pascual y Dominga amaban la vida que crecía en silencio, la que nadie bendecía y nadie veía. Esa noche, entre helechos y tierra húmeda, con el olor a café maduro flotando desde la finca vecina, Zachary fue concebido. un apuro de manos jóvenes que se buscaban en la oscuridad como las raíces bajo tierra. Afuera, los soldados patrullaban los senderos con botas pesadas y linternas. Adentro, dos campesinos se prometieron un hijo sin saber que apenas tendrían siete años con él. Zachary nació en diciembre de 1979. Lo llamaron Zacarías en atribuido al profeta, pero el registro civil —un hombre cansado que escribía con un lapicero roto— lo anotó distinto y quedó como Zachary. Su casa era de adobe y lámina, sin puertas, solo una cortina de costales que se agitaba con el viento y dejaba pasar el olor a leña y a río. Porque en la aldea todos se conocían, y cerrar la puerta era ofender al vecino. El terreno colindaba con un río de aguas verdes donde las mujeres se reunían a lavar ropa y a contar chismes, con el jabón hecho en casa resbalando entre los dedos. La abuela Rosa era la matriarca. Viuda, rezadora a gritos, con las manos como raíces de ciprés. Creía que Dios hablaba por medio del pastor José, y lo que el pastor decía era ley grabada en piedra. Si el pastor decía que los niños debían ayunar, Rosa los ayunaba hasta que los estómagos crujían de vacío. Si el pastor decía que las pelotas de fútbol eran del diablo, Zachary nunca tocaría una, y así fue: se le dificultaba hasta salir a jugar. Cualquier risa demasiado fuerte era pecado de soberbia; cualquier pregunta era desobediencia. Zachary tenía siete años. Era un niño de voluntad grande y manos pequeñas, pero ya sabía encender el fogón sin quemarse, soplando las brasas con el aire justo. Sabía leer el cielo para saber cuándo llovía. Sabía que el silencio de los adultos era una grieta por donde se filtraba algo oscuro. Una noche de octubre, la lluvia caía a cántaros, golpeando la lámina como piedras. Sus padres se habían tardado de más en recoger aguacates y zapotes, y luego fueron a venderlos al mercado del pueblo vecino, caminando bajo el agua con los costales en la cabeza. Pero los soldados entraron al terreno al atardecer. No buscaban a Pascual y Dominga específicamente; buscaban "indios sospechosos", que era cualquier campesino en la tierra, cualquier sombra que se moviera. Al verlos regresar, los persiguieron entre los cipreses. La lluvia borraba las huellas, pero no la desesperación. Ellos creían ser rápidos, pero las balas lo eran más. La persecución duró horas. Pascual gritó: "¡Corré, Domi! ¡Llevá el costal!". Pero una ráfaga los alcanzó a las dos, cerca del nacimiento de agua que ellos mismos habían cuidado, ese manantial donde Zachary aprendió a beber de cuclillas. Zachary esperó toda la noche. Su abuela Rosa lo tenía sentado en un banco de madera cerca

del calor que daban las cenizas del comal, mientras la candela se consumía rápido, dejando caer la cera en el suelo de tierra como lágrimas. Cada ruido de la selva —una gallina, una rama, el viento en la milpa— le hacía creer que eran sus pasos. No llegaron. Y su ausencia era tan densa como la oscuridad de esa noche, un peso que entró en su cuerpo para morir dentro.

A las seis de la mañana llegó la vecina, con el reboso empapado y la cara gris.

—¡Ay, Rosa! ¡Ay, niña! Encontraron a Pascual y a Dominga en la milpa. Ya están con el Señor.

Rosa no lloró. Sus ojos vieron al cielo, solidificados, apretó los labios hasta blanquearlos y dijo: “Dios da, Dios quita. Bendito sea Su nombre.”

Zachary quiso correr al lugar, verlos, tocarlos, pero su abuela lo agarró del brazo con una fuerza que no le conocía.

—No vas. Los muertos son para los vivos que pueden ver. Vos solo vas a llorar y eso es pecado.

Él nunca visitó las tumbas. No porque no quisiera, sino porque el dolor se volvió una condena. Y la piedra se hundió en el fondo de su pecho, donde ni los rezos ni los golpes la podían alcanzar.

Rosa era dura como el maíz seco. A los ocho años, Zachary ya se levantaba a las cuatro de la mañana a moler nixtamal en el metate, con los dedos entumecidos por el frío de la madrugada. Si la tortilla le salía torcida, ella le pegaba en las manos con lo que encontrara más cerca: una cuchara, un trozo de leña, el borde del comal caliente.

—Así no, patojo. Así no va a la lumbre. ¡Hacela otra vez!

Le gritaba por cada error cometido, y su voz resonaba en el pecho de Zachary como un la voz de Dios. Pero también le enseñó recetas que sabían a refugio más que hogar: el caldo de chipilín con sus hojas amargas y verdes, los chuchitos envueltos en hoja de maxán que olían al Edén cuando se abrían, el atol de elote que endulzaba las mañanas heladas. Él aprendió a cocinar para sobreviviy, y después porque en el fogón encontraba el único silencio que no le dolía. A los diez años, Zachary ya trabajaba como jornalero. El caporal Don Tino —montado

a caballo con su sombrero agujereado y su risa de dientes amarillos— le pagaba diez quetzales al día por limpiar una cuerda de maleza. Con un machete más grande que su pierna, Zachary rozaba entre cafetales, sintiendo el sol en la nuca como una mano de fuego.

—¿Y vos, indito? ¿Ya aprendiste a tortear o solo sabés llorar?

—Sí, patrón. Ya aprendo —respondía Zachary, sin levantar la vista del suelo, porque mirar a los ojos era desafiar, y desafiar era morir.

La guerra dejó una crisis económica que nadie quería nombrar, así que para ganar más, recolectaba aguacates caídos y zapotes maduros que los finqueros desechaban, fruta que solo servía para sombra de los cafetales. Los llevaba en un costal al hombro, caminando una hora hasta el centro. Vendía cinco aguacates por un quetzal. Con suerte, sacaba veinte quetzales extra a la semana. También iba al Volcán de Tierra —un cerro donde los finqueros tiraban basura y excremento—. Allí, mujeres y niños revolvían entre moscas y hedor para llenar bolsas de plástico con abono de café. Zachary ganaba diez quetzales por cada diez bolsas. Un día se cortó con un vidrio enterrado. No fue al médico. Se limpió con agua y tierra, como le enseñó su abuela, y siguió trabajando con el pie envuelto en un trapo que se fue poniendo marrón. No solía conversar mucho, por su naturaleza, pero entre la multitud llamaba la atención su silencio. Las mujeres del mercado lo veían pasar con su costal y sus pies descalzos, y a veces le daban una tortilla con sal.

—¿Por qué venís vos solo, niño? ¿Dónde está tu mamá?

—Está en el cielo.

—Ah, pues entonces trabajá duro, que allá te ve.

Además, cargaba el cacaxte —una angarilla de madera y mecate donde se transportaba el café recién cortado—. Subía y bajaba laderas con cincuenta libras a cuestas por cinco quetzales extra, sintiendo cómo la madera le mordía los hombros y el cuello se le tensaba como un cable. Una noche, después de un día de catorce horas de trabajo, sumó sus ganancias en el suelo de tierra: cuarenta y cinco quetzales a la semana. Alcanzaba para maíz, sal y un par de velas. Nada más. Decidió que retomaría la educación media que nunca pudo completar. La escuela más cercana estaba en el centro de Quetzaltenango, a una hora caminando, pero él ya no le temía a las distancias. Sabía que ese no era su lugar. Algo en su interior le decía que debía moverse, que el ancla de la finca lo estaba hundiendo en una tumba sin nombre. Tenía una pasión introspectiva que lo convertía más en espectador que en actor de su propia vida. Cuando aprendió a escribir sus primeras palabras, fueron sobre sus padres. En una libreta vieja que perteneció a su abuela —con hojas amarillentas y olor a humedad— y con unos lapiceros abandonados, comenzó su bitácora de supervivencia. Escribió en kaqchikel, la lengua que su madre le cantaba:

SEMANA/WEEK 15
7.00
8.00
9.00
10.00
11.00
12.00
1.00
2.00
3.00
4.00
Evening
Nada Dios awik'in eko nu-te'
nu-tata',
Ruma wi'n mm rink' okoma ta ri
a-cholaj. Jak'a we riye'e
Kaminaq chi tiko'n, ri'n majo
nintikila jun chik kojolb'aj
Taya' nu chuq'ab' richin
xinb'e.
L M M J V S D L M M J V S D L M M J V S D L M M
1 2 3 9 10 11 13 14 15 16 17 24 25 26 27 28 29 30

Zachary se arrodilló en el piso bajo la luna, mientras la llama de la vela danzaba como un espíritu pequeño, y oró por última vez con fe.

Una mañana del año 2003, su abuela —ahora su madre en todo menos en el cariño— parecía dormir cuando él tomó la decisión de partir. Envolvió varias tortillas duras, un puño de sal y su única camisa limpia en un morral. No fue a las tumbas de sus padres porque no sabía dónde quedaban —su abuela nunca se lo dijo y era tarde para buscar— también porque él mismo había decidido no querer saber. Esa ignorancia era una forma de protección. No se despidió de nadie. Por la estricta disciplina de obedecer los valores cristianos, nunca conoció a muchos niños. Cuando terminaba temprano sus tareas matutinas, no podía quedarse a jugar; su abuela decía que el ocio era el taller del diablo. Así que pasaba las tardes leyendo poesía bíblica en voz baja en la penumbra de una vela. encontrando en los versos un hogar que los soldados le arrebataron aquella noche de octubre. Antes de salir, se acercó al viejo catre en el cuarto de lámina y puertas de madera, donde la matriarca yacía inmóvil. Quiso despedirse. Pero cuando tomó las manos arrugadas de Rosa, no hubo respuesta. Las manos cayeron sin fuerza. Parecía que la muerte había apreciado el fin de su descendencia y había soltado el ancla que ataba a Zachary a la finca. Él no lloró. Decidió no alertar a nadie. No pensaba regresar. Sabía que se enterarían, y entonces no tenía caso alargar lo inevitable. Cruzó el umbral. La casa se quedó atrás, con su lámina oxidada y su cortina de costales meciéndose en el silencio. Esa mañana era apacible, de una belleza Agridulce: los árboles mojados por el rocío brillaban bajo un cielo de neblina baja, y el camino hacia los ríos y las montañas, que él conocía como la palma de su mano, se abría ante él como una promesa. Pero no iba hacia los ríos. Iba hacia la carretera. Hacia lo desconocido. Hacia la vida caótica de afuera. Caminó con el costal en la mano y el olor a tierra mojada en la nariz. Su español era precario; en casa solo hablaba kaqchikel, la lengua de los abuelos, la que los finqueros llamaban "dialecto" con desprecio. Las primeras frases que aprendió en español fueron insultos del caporal y órdenes de la finca: apurate, indio; dejá eso; no toqués; vas a ver. Cuando una camioneta de pollos —con las jaulas apiladas y el olor a pluma y excremento— lo recogió en la carretera, el conductor se asomó por la ventana y le preguntó:

—¿A dónde vas, patojito?

Zachary respondió en kaqchikel: "Xinb'e pa la capital"

El hombre no entendió. Pero le abrió la puerta igual. Quizá por lástima. Quizá por indiferencia. A veces la bondad y el desprecio se confunden en los mismos gestos. En el trayecto, Zachary miraba las palmeras que adornaban las carreteras, altas y flacas, pasando rápido como manchas verdes en la ventana. Era como si se desprendiera físicamente del lugar que era parte de él. Pasaron frente al cementerio colorido de Quetzaltenango, con sus

mausoleos pintados de azul y amarillo, y él supo que ahí pronto habría una nueva tumba, cerca de las otras dos que nunca quiso conocer. Esa cercanía le abrió un poco más la herida, pero no apartó la mirada. Las piedras del camino hacían que su cuerpo rebotara en el asiento de madera. La inestabilidad de su mente ahora era visible: sus manos temblaban sobre el costal, sus ojos iban de un lado a otro sin detenerse. Pasaron por Sololá, Chimaltenango, Sacatepéquez. El tiempo pareció derretirse como la cera de una vela. Hasta que llegaron a su destino.

LA CAPITAL

II

La capital no olió como imaginaba. Él esperaba aire limpio, como el del río de La Posa, ese que olía a piedra mojada y a hierba recién lavada. Pero al bajar de la camioneta en la Zona 1, una bocanada de humo negro y gasolina quemada le golpeó la cara como una mano abierta. El conductor solo dijo "Llegaste, patojo" y cerró la puerta de golpe. El motor ronroneó y se fue, llevándose consigo el último ruido conocido. Zachary apretó el costal contra el pecho. Adentro llevaba sus cincuenta quetzales —billetes sudados, doblados, envueltos en una bolsa de plástico azul— y las dos tortillas duras que ahora parecían más viejas que él. Caminó sin rumbo, esquivando autos que pitaban como animales heridos. La gente caminaba rápido, con los codos, sin mirarse. Él iba despacio, con los pies descalzos y enlodados todavía, observando los edificios que parecían tocar el cielo gris. Nunca había visto tantos ladrillos juntos. Llegó al Parque Central sin saber que era el centro. Vio una fuente seca, bancas de cemento rotadas, palomas picando basura entre latas y colillas. La bandera no estaba; había sido retirada por las lluvias recientes, y el cielo seguía gris, pesado. Se sentó en el borde de la fuente, cansado. El silencio de su aldea ahora era un recuerdo tan lejano como la cara de su madre; aquí todo era ruido: motores, gritos, radios a todo volumen, un carrito de raspados con una campana que no dejaba de sonar. Cerró los ojos un momento. Sintió el costal entre los dedos. Pensó en la abuela Rosa, en cómo su mano arrugada había caído sin fuerza cuando él la tomó. No lloró entonces. No iba a llorar ahora. No pienso regresar, se dijo otra vez, como un conjuro. No pasaron ni diez minutos cuando dos sombras verdes le taparon la poca luz de la mañana. Dos hombres con uniforme verde olivo, botas negras y pistolas en la cadera. El primero tenía gafas oscuras y una panza que le estiraba la camisa. El segundo era flaco, con una cicatriz en la ceja que le partía el rostro en dos mitades desiguales.

Tenían dos placas en el uniforme, decían Oficial Mendoza y Oficial López.

—Oi, vos —dijo Mendoza, parándose frente a Zachary con las manos en la cadera—. ¿Qué hacés ahí sentado? ¿De dónde sos?

Zachary levantó la vista. Entendió las palabras por separado —qué, hacés, sentado— pero juntas no tenían forma. Respondió en kaqchikel, con la voz que apenas le salía:

—Matiox, nuya'...

Los dos policías se miraron. López soltó una risa seca, corta, como un ladrido.

—Mirá, este no habla español —dijo Mendoza, escupiendo al lado del zapato de Zachary— ¿De dónde venís, indio? ¿De la montaña?

Zachary entendió "montaña" y asintió con la cabeza, despacio, porque era cierto. De la montaña venía. De la tierra que olía a café y a excremento de volcán.

—Ah, pues entonces vos no tenés permiso para estar acá —dijo López, metiendo la mano al bolsillo del pantalón y sacando una libreta toda doblada—. Esto es área urbana. Los indios como vos necesitan permiso. ¿Traés tus papeles, va?

Zachary no sabía qué eran "papeles". En su casa no había papeles. Solo la Biblia de la abuela y las cartas que él escribió y nadie leyó. Negó con la cabeza, despacio otra vez.

Mendoza se agachó. Puso su cara sudada a la altura de los ojos de Zachary. Le olió el aliento a tierra, a humo de leña, a tortilla quemada.

—A ver —dijo, señalando el costal—. Mostrá lo que traés ahí.

Zachary abrió la boca del costal con manos temblorosas. Adentro: las dos tortillas duras como piedra, una camisa sucia que la abuela le había cosido, y la bolsa plástica azul con los billetes doblados.

Los dos policías vieron los billetes al mismo tiempo. Como buitres que huelen el mismo cadáver.

López metió la mano y los sacó, no pedio ningún permiso. Contó en voz alta, lento, saboreando cada número:

—Diez... veinte... treinta... cuarenta... cincuenta.

Mendoza asintió, levantándose con un crujido de rodillas.

—Esto es para la multa —dijo, tomando veinticinco quetzales y metiéndoselos al bolsillo de la camisa—. Por estar en el parque sin permiso. Y la otra mitad —López se guardó los otros veinticinco en el bolsillo del pantalón— es para no llevarte.

Zachary sintió el vacío en el costal. Era el mismo vacío que sintió cuando la mano de la abuela cayó. Intentó hablar:

—Mak'ax... ese es mi pisto... pa' comer... señor...

—¡Callate, indio! —le gritó López, agarrándolo del brazo con una mano que olía a cigarro barato—. Ahora hablás español, ¿eh? Cuando te conviene.

Zachary intentó soltarse, pero los dos lo levantaron del suelo como si fuera un costal de café verde. Sus pies descalzos quedaron colgando un momento. La gente alrededor miraba y seguía caminando. Nadie dijo nada. Una mujer con un niño en brazos apuró el paso, mirando hacia otro lado. Un vendedor de elotes giró la cabeza y se fue con su carrito, empujándolo más rápido de lo necesario.

—Lo llevamos a la delegación —dijo Mendoza, abriendo la puerta trasera del patrullero—. Que pase la noche allí para que aprenda a respetar.

Ya les habían dado los cincuenta quetzales —la paga de una semana entera de trabajo en la finca, la cuerda limpia, las bolsas de excremento del volcán, el cacaxte cargado al hombro— y aún así lo metieron al carro patrulla.

La jaula de metal olía a vómito, sangre y a sudor ajeno, a miedo retenido. La puerta se cerró con un golpe seco que sonó como un golpé en la sien. Zachary no lloró. No sabía llorar desde los siete años, desde aquella noche al lado del comal cuando esperó con la candela encendida y la señal nunca llegó. sintió un vacío en el estómago más profundo que el hambre. Un agujero negro donde antes estaba la oración. Desde la ventana del patrullero, vio el Parque Central alejarse. Las palomas seguían picoteando. La fuente seguía seca. La gente seguía caminando sin mirar atrás. Él ya no tenía nada. Ni la abuela. Ni los cincuenta quetzales. Ni la tierra que pisaba. Cerró los ojos y, por primera vez en muchos años, no oró. El motor del patrullero arrancó. Y Zachary, el hijo de los jardines de Xelajú, el nieto de la matriarca que murió sola en un catre de madera, se dejó llevar hacia la noche que venía. Caminaba bajo las luces frías y fuertes que reflejaban las paredes verdes —ya no tan verdes por el moho y la suciedad que habían dejado las personas que corrieron con la misma suerte que él—. El pasillo largo desembocó en una celda donde casi no llegaba la luz. Había agua estancada de días en el suelo, un baño sin puertas —la cerámica blanca había pasado a ser de un color verde como la enfermedad— y en la esquina, una sombra parecía estar ahí, expectante, presionando, escondida en la penumbra. Era un hombre, quizás veinte años, quizás treinta. Tenía el cuerpo marcado por lo que la vida ofrece a los que no tienen suerte: golpes, y muchos. Era flaco, con los ojos hundidos, con un durag blanco y un tic en el párpado izquierdo. Vestía una camisa blanca ya gris y pantalón café roto en la rodilla. Estaba sentado en el suelo, con la espalda pegada a la pared, las rodillas contra el pecho. Zachary entró sin hacer ruido. El guardia cerró la puerta de metal con un golpe que retumbó en las paredes. La llave giró. El pasillo se fue.

Los dos se miraron en la penumbra.

—¿La achike ab'i? —preguntó el otro primero, en kaqchikel—. ¿Cómo te llamás?

Zachary parpadeó. Kaqchikel. Su lengua. La lengua de su madre.

—Zachary Cruz —respondió, dejando caer el costal vacío al suelo—. ¿Y vos?

—Nik’aj —dijo el flaco, sin moverse—. Pero acá me dicen el Loco.

Zachary se sentó en la esquina opuesta. La humedad se mezclaba con su cuerpo.

—¿Por qué estás acá? —preguntó.

Nik’aj soltó una risa pequeña, sin alegría.

—Por nada. Por todo. Por llevar una carga pesada que es mía. O era mía. Ya no sé. ¿Y vos?

Zachary tardó en responder. Miró sus propios pies descalzos, las callosidades, las uñas rotas.

—Por sentarme en un parque. Y no saber español.

Nik’aj levantó la ceja.

—¿Eso es todo?

—Eso es todo.

—Mentira —dijo Nik’aj, escupiendo al suelo—. Nadie está acá por eso. Vos hiciste algo. O te culparon de algo.

Zachary no dijo nada. Solo apretó los labios.

Nik’aj lo miró largo rato. El tic en su ojo no paraba.

—Está bien —dijo al final—. Todos guardamos algo. Vos guardás... no sé.

No volvieron a hablar hasta el día siguiente.

La luz nunca cambiaba. No había día ni noche, solo una bombilla amarilla afuera del pasillo que nunca se apagaba. Zachary contaba las horas por los turnos de los guardias. Cada seis horas, un par de botas pasaba para ver que no estuvieran muertos. A veces les tiraban un plato de frijoles fríos y una tortilla dura. A veces nada.

Nik’aj hablaba solo en kaqchikel, fragmentos de oraciones que Zachary apenas seguía.

—...ri tat Dios xa jabel ta ri k’aslemal...

—...ma k’o ta jun chik nimab’al.....

Zachary Tenía una bitácora pequeña —un cuaderno escolar que encontró tirado en la casa de su abuela, con hojas arrancadas y una mancha de café en la portada—. Nadie le había quitado el lápiz porque nadie se lo había revisado bien.

Escribió esto, en kaqchikel:

Y chuka' ri caj ri ruwach'ulef ri acuchi c'o wi ri awaken, ma xu ta wi chic tiempo ri nic'oje' ojer ca, ri acuchi quicoten y ma xtinya' ta k'ij chare ri k'ak'. Yac'a re wacami, can ma xtitzu'un ta chic. Y ronojel c'a nurajel ruq'uisbel tak k'ij.

Lo leyó en voz baja para sí mismo, traduciendo mentalmente al español que apenas dominaba:

El cielo empieza a oscurecer y no sé a dónde me iré. Quizás abajo está el Salvador. Cariño, de antemano te pido perdón. Espero el día que te tenga enfrente.

Cerró la bitácora. La escondió bajo la camisa, pegada al pecho, donde el calor del cuerpo la mantenía a salvo.

Nik’aj no había escuchado. O fingía no haber escuchado.

Al amanecer del segundo día (o lo que ellos creían amanecer), Nik’aj se despertó de golpe.

—Zachary —dijo, con la voz rara, más aguda—. ¿Vos creés en Dios?

Zachary tardó.

—Crecí creyendo —respondió—. Ahora... no sé.

—Yo sí sé —dijo Nik'aj, riendo con la boca cerrada—. No creo. Pero Él cree en mí. Por eso me tiene aquí.

Zachary no entendió. No quiso entender.

Nik'aj se levantó. Caminó en círculos por la celda, pisando el agua derramada. De repente se detuvo frente al baño sin puerta. Miró el inodoro roto. Miró los barrotes laterales. Miró un trapo blanco tirado en la esquina, sucio, con manchas oscuras que podían ser sangre o moho.

No dijo nada. Zachary Quiso hablar, pero no encontró las palabras. Quiso orar, pero ya había olvidado como hacerlo. A media mañana del tercer día, Nik'aj habló otra vez. Pero esta vez no era para Zachary.

—Jesús dijo —murmuró, mirando al techo—: "El que quiera venir en pos de mí, niéguese a sí mismo, tome su cruz y sígame."

Zachary se enderezó.

—Nik'aj...?

Nik'aj no respondió. Caminó hacia la esquina, recogió el trapo blanco. Lo estiró con las dos manos. Era largo, delgado, hecho jirones en un extremo.

Como Jesús. ——dijo, sin mirarlo—. Yo también.

—No —dijo Zachary, levantándose—. No.

—¿Por qué no? —Nik’aj lo miró por primera vez, y sus ojos estaban húmedos pero duros, Acá no hay comida. No hay justicia. No hay nadie que nos busque. ¿Vos tenés a alguien que te espere?

Zachary calló. No tenía a nadie.

Nik’aj asintió como si hubiera ganado una discusión que nunca tuvieron. Fue hacia los barrotes laterales. Ató un extremo del trapo blanco a la barra más alta, haciendo un nudo que apretó con los dientes. El otro extremo colgaba. Subió al inodoro de cerámica rota. Metió un pie dentro de la taza para tener altura. La cerámica crujió. Una esquina se quebró con un crac seco que sonó como un hueso roto.

—¡Nik-! —gritó Zachary, dando un paso adelante.

Nik’aj se resbaló. El pie se hundió en la taza rota, el agua sucia salpicó, el ruido fue enorme: cerámica rompiéndose, el trapo tensándose, un grito ahogado. Zachary corrió hacia él, pero el cuerpo de Nik’aj ya colgaba ladeado, el trapo apretando, los ojos abiertos, la boca haciendo una mueca que no era de dolor sino de alivio, o quizás de ambos.

—¡poli! —gritó Zachary en español, la primera palabra clara que decía en días—¡rá-pido!

Las botas sonaron en el pasillo. La puerta se abrió de golpe. Dos hombres con traje negro y el logo de la PNC en el pecho entraron empujando. El moreno, de bigote espeso, llevaba la mano en la pistola. El otro, más joven y de pelo corto, cortó el trapo con una navaja. El cuerpo de Nik’aj cayó al suelo como un costal. Tosió. Escupió. Respiraba.

Zachary se apartó, pegado a la pared, temblando.

El moreno se agachó, agarró a Nik’aj del pelo, le levantó la cara.

—¿Vos quién sos, cómo te llamás? —le dijo, con odio—. Ahh... vos sos de esos que andan por allá, ¿no? Maldito.

Nik’aj no respondió. Solo tosía. El moreno le pegó una patada en las piernas. El hueso sonó contra el cemento. Nik’aj se desplomó de lado. Luego el moreno volteó hacia Zachary, que estaba inmóvil, pero ya no le sorprendía la violencia.

—¿Y vos? ¿Por qué estás acá? ¿Sos compañero de aquel?

Zachary negó con la cabeza. No podía hablar. El español se le había ido otra vez, como agua entre los dedos.

—¡Habla, indio! —le gritó el joven.

Zachary abrió la boca. No salió nada.

El moreno lo agarró de la camisa, lo pegó contra la pared.

—Revisen su expediente —ordenó.

El joven salió un momento. Volvió con una carpeta delgada.

—No tiene cargos —dijo, confundido.

El moreno soltó a Zachary

—Entonces ¿por qué estás acá? —gruñó, más para sí mismo que para otro.

No hubo respuesta.

—Ya —dijo, acomodándose el cinturón—. Fuera.

Lo empujaron hacia el pasillo. Antes de salir, el joven policía lo miró con desprecio en las puertas del penal.

—Andá, andá. Corré, indio. La calle te va a comer.

Zachary caminó sin mirar atrás. En la puerta de la delegación, el sol de la mañana le pegó en la cara. Era cálido. Parpadeó varias veces. El aire de la ciudad olía a diésel, pero ya no era tan frío. Metió las manos quebradas por la suciedad en el costal, buscando algo de dinero por milagro, pero solo encontró una libreta vieja de color negro, desgastada en las esquinas, con hojas arrancadas y otras pegadas con cinta adhesiva. La reconoció: era de Nik'aj. Debía haberse caído en el forcejeo. O quizá él se la había dejado.

En la primera página, decía:

SEMANA/WEEK 15

[redacted]

Creemos que un Cuerpo recién Muerto

tiene el último aliento de la vida que Dios dio

Reclamarlo es un acto de robo a su imagen.

Los organos son los templos del espiritu Santo

Desmembrarlos y arrojarlos al basurero

es la negación física ~~[illegible]~~ extrema del Dios Cristiano.

Los Cuerpos no se Preservan para un Viaje sino como

trofeos de su rebelión, Cuerpos de Negación

Creemos que la frialdad Cósmica de los Muertos nos

da poder para resistir la Sumisión.

Me Ahogo, a tu lado Morir

y no me gusta, no me gusta

Si Me gusta!

~~Mitral Reincer~~

~~Unión Umbra~~

[redacted]

M M J V S D | L M M J V S D | L M M J V S D | L M M J V S D | L M M

NOCHE

III

El cielo era de un color azul y gris, como una herida que empieza a cerrarse mal, mientras los edificios se pintaban de amarillo por las luces naranjas de la carretera. Los faros de los autos encandilaban su camino. “Siempre son animales”, pensó Zachary, que solo se mueven por inercia y por la misma razón que él: sobrevivir. Caminó sin rumbo por calles que no conocía. La ciudad era un laberinto de concreto y vidrio, de gritos lejanos y música que salía de ventanas cerradas. Sus pies descalzos ya no sentían el frío del pavimento. Sus manos colgaban a los lados, vacías, excepto por la libreta negra que apretaba contra la palma. Se detuvo frente al vidrio de un camión de servicio público estacionado. La superficie reflejaba una figura que no reconoció. Se quedó mirando. El reflejo tenía los ojos negros, las mejillas marcadas por días sin comida, la barba crecida en parches desiguales. La boca, cada vez más tensa, presionaba con más fuerza los dientes, como si quisiera triturar algo invisible entre las muelas. La ropa tenía un color nuevo, una mezcla de café y verde —la suciedad se colaba por los orificios de la tela rota que le dejó la celda, y el agua estancada donde cayó Nik’aj todavía manchaba su camisa con un olor a cloaca y a casi muerte.

El cielo ahora era de un negro sin estrellas. En la finca, las noches tenían estrellas titilando sobre los cafetales. Siguió caminando.

Eran casi las once de la noche cuando el viento le pegó con gran fuerza. Dio la vuelta a una esquina y la vio: una cruz blanca, alta, iluminada desde abajo por reflectores amarillos, frente a una iglesia de paredes grises y puertas de metal cerradas. Iglesia del calvario. No había nadie. Las puertas estaban aseguradas con una cadena y un candado oxidado. Los letreros de las actividades colgaban flojos, medio arrancados. Zachary se acercó a la cruz. No entró al atrio —estaba cerrado—, pero se sentó en la acera, justo donde la luz amarilla tocaba el suelo. Pegó la espalda al muro frío de la iglesia. El concreto estaba helado. Pero la luz de la cruz, esa luz amarilla y temblorosa, acariciaba la parte superior del símbolo con una delicadeza que le recordó a las velas que su abuela encendía los domingos

“Jesús es la luz del mundo”, decía ella.

Zachary levantó la vista hacia la cruz. El metal blanco parecía flotar en la oscuridad. Y por un momento, sintió algo caliente en el pecho. Un resto. Un eco de esa fe que su abuela le había sembrado a golpes y oraciones. Pero el momento pasó. Dirigió la mirada de nuevo al pavimento y vio algo tirado contra la base de un poste de luz: un periódico viejo, arrugado, con el papel amarillento por el sol y la lluvia. Un símbolo en la portada parecía ya borrado por la suciedad, apenas visible: un círculo partido por una línea vertical. Lo agarró. Lo estiró sobre sus rodillas. Intentó leer. El español escrito no era como el que escuchaba en la finca —más formal, más frío— pero algunas palabras las entendió.

Nuestro Diario

GUATEMALA

LUNES 1 DE SEPTIEMBRE DE 2003

ZONA 10: RALACERN OCJA TRES MHE...

REPORTAJE ESPECIAL

EL NEGOCIO DE ...AS TUMBAS

¡PÁNICO SATÁNICO EN EL CEMENTERIO GENERAL!

MISTERIOSA SECTA DESTRIPA CADÁVERES EN ...ONA 3; GENTE LOS VE DESNUDOS BAJO LA LUNA

fondo del cementerio general (zona 3)

TESTIGO HABLA: SE ECHABAN AGUA ... GRITABA...

ENCUENTRA ... SÍMBOLO

PERO NO SABEN QUIÉN

¿PACTO CON LA ZONA 18? CRECE MISTERIO POR RITUALES EN EL CEMENTERIO GENERAL

CIUDAD DE GUATEMALA — El pánico se ha apoderado de los vecinos de la Zona 3. Tras el hallazgo de restos humanos dispersos en el basurero que colinda con el Cementerio General, las autoridades se encuentran en un callejón sin salida. Aunque el logo de una estrella aparece en cada escena del crimen, nadie sabe quiénes son.

¿BRAZO ARMADO O SECTA DIABÓLICA?

Fuentes policiales que prefirieron el anonimato sugieren una teoría aterradora: la posible conexión entre estos desalmados y la reciente balacera en la Zona 18 que dejó tres fallecidos. Se rumorea que los sicarios podrían estar entregando los cuerpos de sus víctimas a esta secta para limpiar las evidencias a cambio de favores ocultistas. ¿Son los muertos de la guerra entre pandillas el combustible para estos rituales?

EL "BASURERO DE DIOS"

Los testigos, personas que viven en las cercanías del barranco, relatan escenas de pesadilla. Se van hasta el fondo, declaró un recolector de basura. Se quitan la ropa, se echan agua fría como si estuvieran locos y gritan cosas contra Nuestro Señor.

En el lugar, la PNC encontró extremidades que no pertenecen a los muertos enterrados legalmente, lo que confirma que hay una cosecha de cuerpos frescos para sus prácticas de embalsamamiento clandestino.

¡AVISO DE PRECAUCIÓN!

Se advierte a la población NO ACERCARSE a las áreas periféricas del cementerio después de las 6:00 PM. Estos sujetos son considerados de alta peligrosidad, no solo por su fuerza física, sino por su estado de trance bajo drogas desconocidas. Si ve el símbolo de la estrella intervenida: CORRA Y LLAME A LA POLICÍA.

UN DESAFÍO QUE LES SALDRÁ CARO

La opinión pública y líderes religiosos coinciden: estos jóvenes están jugando con fuego. Al profanar las tumbas y arrojar restos al basurero, no solo desafían a la ley de los hombres, sino a la Majestad de Dios.

Como dice el dicho popular: "Con Dios no se juega". Expertos en teología aseguran que estos no terminarán bien. La justicia divina, o la de la calle, les llegará tarde o temprano por su soberbia y rebeldía.

PÁGINA 16 | NUESTRO DIARIO | 01/09/2003

Zachary Sacó la libreta negra. La abrió en la página donde la luz amarilla apenas alcanzaba. Sus dedos recorrieron las palabras escritas a lápiz, las mismas que había leído frente a la delegación: “Creemos que un cuerpo recién muerto tiene el 'último aliento' de la vida que 'Dios dio'. Reclamarlo es un acto de robo a Dios.” Volvió a mirar el periódico: destripan cadáveres. “Los órganos son 'el templo del espíritu santo'. Desmembrarlos y arrojarlos al basurero es la negación física extrema del Dios cristiano.” Violencia contra los muertos. “Los cuerpos no se preservan para un viaje, sino como trofeos de su rebelión. Son 'Cuerpos de Negación'.”

Zachary cerró la libreta. Sus manos temblaban.

¿Nik’aj era de esos? —pensó—. ¿El que quiso ahorcarse? ¿El que hablaba de Jesús antes de atar el trapo?

Recordó las palabras de Nik’aj: “Voy a partir. Como Jesús.”

No era solo un loco. Era un creyente. Pero no de la misma fe que su abuela. Era de otra fe. Una fe que odiaba a Dios. Que robaba a los muertos para insultar al cielo. Zachary sujeto la libreta y la puso en el concreto, junto a su piel fría. Se quedó mirando la cruz blanca. La luz amarilla seguía tocándola con esa falsa ternura. Pero ya no habia belleza. Empezó a hablar solo, en kaqchikel, porque el español le quedaba pequeño para lo que sentía:

—Ri Tata Dios... —susurró—. ¿Xat nib’an chwe?

No hubo respuesta. Nunca la había.

—Xinb’e pa ri iglesia. Xinch’aw apo. Xinb’in ri rutzil. Xintij ri b’ix.—su voz se quebraba—. ¿Y vos? Xab’e chupan ri nu patrón. Xab’e chupan ri nu nana. Xab’e chupan ri nu mamá. Xab’e chupan ri nu abuela.

El viento sopló más fuerte. La cruz crujió levemente. Esa cruz —ese símbolo que su abuela besaba todas las noches, por el que ella golpeaba sus manos con una cuchara de palo, por el que sus padres murieron sin quejarse— esa cruz no representaba amor. Representaba falsedad y sumisión. Había visto al pastor Ezequiel bendecir a los soldados que días después mataban campesinos. Había escuchado a su abuela decir “Dios lo permite” mientras él dormía con hambre. Había sentido el silencio de Dios cuando oró por sus padres y nunca recibió respuesta. Decían “ama a tu prójimo” pero el caporal lo golpeaba. Decían “bienaventurados los pobres” pero los pobres se morían como moscas. Decían “Jesús murió por vos” pero Zachary no pidió que nadie muriera por él. Solo pidió un poco de justicia.

Y la cruz era sumisión. Arrodíllate. Cierra los ojos. No preguntes. Obedece. Dios sabe por qué. Todo es parte de su plan. Zachary escupió al suelo, cerca de sus propios pies.

—No —dijo en español, con la voz rota pero firme—. Yo no me rindo.

Él nunca se rindió ante nadie. Ni ante el caporal. Ni ante los policías. Ni ante Dios.

—Dios se burló de mí —dijo, mirando la cruz sin pestañear—. Me quitó todo. Me dejó solo. Y ahora me pide que me arrodille.

Apretó la mandíbula.

—No más sumisión.

Necesitaba dignidad. Algo que fuera suyo, que no dependiera de ningún pastor, de ninguna Biblia, de ninguna promesa vacía. Necesitaba autonomía. Poder decidir. Poder caminar sin pedir permiso.

—Ya sé dónde encontrarla —susurró.

Tocó la libreta negra bajo la camisa. Union Umbra. Ritual "Renacer". El periódico hablaba de una secta que profanaba cadáveres. Nik'aj estaba en esa secta. Nik'aj intentó matarse como Jesús. Pero no por amor a Dios. Por odio. Por negación. Zachary no entendía bien lo que creían. Pero algo en esas palabras lo atraía como un imán: "La frialdad cósmica de los muertos nos da poder para resistir la sumisión."

Resistir la sumisión. Eso era lo que él necesitaba.

Miró el reloj de una farmacia al otro lado de la calle: 11:47 p.m. A la medianoche, pensó, el cementerio estará vacío. O no. Tal vez esté lleno de ellos. Se puso de pie. Dio dos pasos hacia la calle. Miró la cruz una última vez. No dijo amén. No dijo gracias. No dijo Dios te guarde. Dijo, en kaqchikel, con la voz más fría que había usado en su vida:

—Xatkanob'ej. Mixk'atzin chwe.

Dio la espalda a la iglesia. Y comenzó a caminar hacia el Cementerio General. El camino se sintió como diez millas. No existe un ángel que me acoja, porque Dios murió. Se dijo mientras la niebla de la noche se sentía densa, Media luna en el cielo rodeado de un azul oscuro, Sabía que no podía regresar al día siguiente de la misma manera. La noche era su nuevo hogar. Porque no había ruido, estática o juicio. No contaba con lo que necesitaba para pagar la paz en la sociedad. Su abuela le había enseñado que la paz se ganaba con Dios, pero Dios se fue con ella. Los policías le enseñaron que la paz se compraba con 50 quetzales, y él no los tenía. O consumir para no quedar al margen, como todo funciona aquí. Un café en una ventana, un trago en una esquina, un papel que diga que existes. Él no tenía nada de eso. Solo la ropa rota y los pies descalzos. Así que siguió derecho, buscando el lugar de aquella nota del periódico. Pasó frente a un carro. Vaciló y observó el retrovisor. No pudo reconocer su propio rostro. La ropa ya no quedaba bien. Diez millas y se pela la piel. La niebla cesó al llegar a esa calle. Alcanzó a ver las grandes puertas y el muro que detenía el ruido del sosiego. Cruzó la calle con el frío y la niebla que aparecía de manera temporal. Adentro estaba oscuro, Zachary apretó la libreta de Nik'aj. Ya no oró. Solo caminó. Acá no te piden papeles, pensó. Acá todos son iguales. Huesos, polvo. Olvidado. por primera vez, sintió que existía, En Busca de su nuevo hogar.

INVÓCAME

IV

La niebla cesó al llegar a esa calle. Alcanzó a ver las grandes puertas y el muro que detenía el ruido y lo apartaba del sosiego. Cruzó la calle con el frío y la niebla que aparecía de manera atemporal. Adentro estaba oscuro. Ya no oró. Solo caminó. Acá no te piden papeles, pensó. Acá todos son iguales. Huesos, polvo, olvidados. Por primera vez en mucho tiempo, sintió que existía. Se abre paso tras los mausoleos abandonados. Ve cada foto en las paredes bañadas de luz. Las placas oxidadas. Toca sus nombres tallados con la yema de los dedos. Lo que alguna vez fue un tesoro ahora es óvalo oxidado. Pero aún siguen estando. Le es inevitable pensar en sus padres. Piensa que siempre estarán allí. Que sus espíritus se manifestarán para acogerlo en la noche donde todo se torna violeta. Siempre van un paso a su menester. Pero se pregunta: ¿Ellos aún lo recordarán? ¿Y si es así, cómo será su memoria? Cada vez que avanza enfrenta una mezcla de calma e incertidumbre. No sabe cómo llegó allí, pero no hay vuelta atrás. Paso lento, luego acelerado. Pasa por una fosa. Allí están los que se parecen a él. Sin identidad. Sin nadie que los recuerde. Como los homeless de la ciudad, esos que duermen en las banquetas y a quienes nadie mira. Porque si no puedes comprar la paz, te entierran sin nombre. Había símbolos en las paredes más profundas del recinto. Estrellas mezcladas con una media luna como la que hacía esa noche. Las siguió. Encontró velas cerca de las tumbas japonesas, donde una gran estructura daba vista hacia un jardín. Pasó su camino y leyó las palabras de Nik'aj: "Los ángeles están en lo más profundo." Vio de lejos faros de color celeste pálido, mezclados con la niebla. El símbolo en tela. Parecía una pequeña comunión realizando un acto de fe. Como él conocía el orar. Pero la atmósfera era distinta. Más densa. Más real. Parecían gente normal. Algunos tapaban sus rostros. Parecían no querer tener nombre. Pensó en acercarse. Pero ellos lo hicieron primero. Zachary se sorprendió. Pero luego entendió: no hay a dónde correr. Así que se quedó quieto. Cayó de rodillas en la tierra húmeda. Trató de no pensar. La oración ya no era una opción. Se acercó el que traía un durag que le cubría la mitad del rostro. El hombre habló en kaqchikel.

—¿La ri Tata Dios xatuk'waj wawe? —¿Dios te trajo aquí?

Zachary tardó en responder. La lengua le sabía a tierra.

—Ri Dios xkam ri nu ch'uqulib'al. Xink'oji' ri nu ch'uqulib'al jaq. Wacami ma nwetamaj ta achique ri nintz'et. —Dios murió. Yo tenía mi corazón abierto. Ahora no sé dónde estoy.

Hizo una pausa. Tragó saliva.

—Ni física ni mentalmente. —dijo en español, porque el kaqchikel no le alcanzaba para eso.

El hombre del durag asintió despacio. No sonrió. No mostró nada.

—Katwar pa jom. Nik'aj chik qachom qe. —Duerme en paz. Somos muchos más.

Se inclinó ligeramente hacia adelante.

—We kanimin na, chawe qe.—Si lo necesitas, invócanos.

Zachary frunció el ceño. La duda le apretaba el pecho.

—Xintz'et chi ri winaq kixi'ij re ruwach'ulef re'. Pero are' jaqil. —He visto que la gente teme este sitio. Pero es tranquilo.

Señaló con la barbilla las velas, los símbolos, la media luna.

—¿Achique rumal k'o wawe?—¿Por qué están aquí?

El hombre del durag se quedó en silencio un momento. Sus ojos no parpadearon.

—K'o wi chupan ri achuq'a'. —Estamos en las pesadillas.

Señaló su propio pecho.

—K'o wi chupan ri kixi'ib'al. Sibalij taq, majix taq. Achi'el kaminaq pa ri'. —En los temores. Olvidados, ignorados. Como muertos ahí estaremos.

Su voz no cambió. No tuvo que gritar para que sonara pesada.

—Qab'ij ri qachak. Qakanoj pa ri' ri jaqil chupan ri wuj ri al. Xane xqasaj, xqasaj chik. Achi'el ri Xa Tzaq. —Tratamos de encontrar paz en el papel del cordero, pero quedamos marginados, y rechazados como el de abajo.

Señaló el suelo. O quizás señaló más abajo.

—Wacami at jun chik qachi'. Man kixi'aw ta. —Ahora eres uno más, y no temerás.

Dio un paso atrás. La niebla se arremolinó entre ellos.

—Rumal ri at rajow chupan ri nab'e k'isib'al at. —Ya que tienes el control de tu propia autodestrucción.

Control de tu propia autodestrucción. Nadie le había dicho algo así. La iglesia le decía que se entregara a Dios. El caporal le decía que obedeciera. Los policías le decían que pagara. Su abuela le decía que aguantara. Pero nadie —nadie— le había dicho que él podía tener el control. Ni siquiera sobre su propio final.

El hombre del durag giró sobre sus talones.

—Katwar pa jom, patoj —dijo sin voltear—. Xa nab'e. —Duerme en paz. Es solo el comienzo.

Zachary se quedó de rodillas. La tierra era apacible. Miró la libreta negra. Miró la media luna arriba. Miró sus propias manos peladas. Ya no oró. Ya no pensó en Dios. Solo respiró y existió. Y por primera vez en muchos días, sintió que la noche no le juzgaba porque también era un lugar para habitar.

RENACER

V

Lo hicieron caminar. La vergüenza que había sentido se limpiaba paso a paso, como si la tierra del cementerio le arrancara la costra de los días anteriores. Llegaron a la colina. Enfrente, una cruz. Adentro de un mausoleo, una estatua de Jesús con los brazos abiertos y la mirada caída. Colocaron las velas en círculo. Recitaban lo que cargaban. Era una mezcla de miseria, rencor y aceptación. Todos parecían llorar, pero no se miraba por fuera. Las vidas destrozadas por decisiones ajenas se hacían tangibles cuando agarraban partes de cada estatua y las dañaban. Desmembrando. Escupiendo. Zachary solo miraba. La libreta negra parecía dictar lo común en el gremio. Y ese era el camino a seguir para la libertad. ¿Libertad? —pensó—. Él parecía confundido. ¿Cómo se puede ser libre si no dejas ir el rencor?

Temblaba. Todos hablaban o parecían rezar en susurros. De rodillas. Era una confrontación en su mismo medio de comunicación: la oración que ahora era profanación. Decidió intentar. Abrió la boca. No salió palabra. Quizás por el miedo. Quizás por el rencor. Quizás porque Dios ya no estaba allí para escucharlo. Alguien se acercó por detrás. Le pusieron el durag. No podía ver. Solo sentía manos que lo llevaban hacia algo. Lo llevaron a una tumba. Al llegar, pudo ver. La placa mostraba un nombre. Era la tumba más cuidada del recinto. Flores frescas. Bordes pintados. Alguien la visitaba todavía. Pero las órdenes eran claras: Al destruir los cuerpos, se destruye la misma imagen del creador.

Zachary frotó su mano en la placa. Pensó que era la única manera. "Ángeles Dante". Era el nombre profanado. Él pensó que los ángeles no existen en su vida. O nunca existieron. Su abuela le hablaba de ángeles custodios. Pero ninguno cuidó a sus padres. Ninguno cuidó a la abuela. Ninguno lo cuidó a él en la celda. Lo removió de manera torpe. Con un martillo de metal viejo que le pusieron en la mano. Golpeó una vez. Dos. La placa se quebró. Dejó ver la madera y el plástico que envolvía el cuerpo. Quería correr. Pero no pudo. Pensó que si no era allí, no tenía a dónde correr. Ni Dios, ni la rebelión extrema era un hogar. Entonces, ¿qué lo era? Salió lo que pudo del cuerpo. Con arcadas. Con la visión borrosa. Las manos le temblaban como hojas de maíz en el viento. Sabía que no había a dónde correr. Como su existencia. No puede parar todo lo que ya ha empezado. Los miembros al lado lo patearon. Apresurándolo. Finalmente pudo sacar la mitad del cuerpo. Dejó el cráneo adentro. No pudo más. Todo se tornó en una imagen que no podrá olvidar. La profanación era real. Las piezas se venden por kilo. Las extremidades se usan para sentir control en una vida sin significado. Zachary comprendió: nunca hubo razón. Ni para pararse ahí, ni para creer. Era tiempo de irse. Pero ellos no lo dejarían. Se acercó el más grande. Un hombre de espalda ancha y ojos vacíos. Le ofreció probar de la carne. Como ellos lo decían: el cuerpo de Dios. Zachary negó con la cabeza. —No —dijo en español. El hombre no se movió. —No —repitió en kaqchikel—. Man ninloq ta. El más grande sonrió. No había calidez en esa sonrisa. —Ya no es opción —dijo. Y la noche se volvió más oscura. El más grande se acercó. Le habló cerca de la cara. —Sigue los pasos del vudú, y déjate guiar. También lo necesitás. Entrá en el trance. Zachary no respondió. Sus ojos se movían de un lado a otro, buscando una salida que sabía no existía. Intentó correr. Cayó antes de dar tres pasos. Las piernas le temblaban como ramas. La tierra del cementerio lo recibió de golpe, mordiéndole las rodillas y las palmas. Ellos no perdonaron la traición. No otra vez. Esta vez ellos tenían el control. Lo rodearon. Lo patearon. Lo levantaron a gritos. —¡Seguí los pasos del pastor! —le gritó uno—. ¡No tenés opción! —¡Nunca has tenido opción! —gritó otro—. ¡Hasta nuestro final, cuando seamos uno más! Zachary escuchó esas palabras y sintió algo romperse adentro. No era fe. No era esperanza. Era la última costra de algo que creía suyo. Nunca has tenido opción. Como en la finca. Como con el caporal. Como con los policías. Como con su abuela. Como con Dios. Nunca. Se levantó con los pies destrozados. Las plantas peladas le ardían como si caminara sobre brasas. Corrió encima de la tumba de Ángeles Dante. Pisó la placa rota. Pisó la madera. Pisó lo que quedaba del cuerpo asomando. Quiso pedir perdón. No pudo. *“Estamos juntos”* —se dijo a sí mismo, como alguien que ya no necesitaba de nadie. No sabía si era verdad. Pero era lo único que le quedaba. Todo lo que sabemos se esfumó. Pero tenemos que aguantar. Las manos le temblaban. El corazón le palpitaba tan rápido que sentía que bombeaba más sangre de la necesaria, como si la la sangre que corre por las venas se derramara de un color negro denso adentro del pecho. Ellos siguieron. No lo dejaron ir. Lo empujaron. Lo arrastraron. Hasta ver cómo él se tiró en el horizonte. Hacia la basura. Parecía que había llegado donde pertenecía. O donde todos se lo habían hecho creer. La caída fue larga. O corta. No supo. Sus ojos se llenaron de tierra. Las ropas se tiñeron de negro. Los pies ya no funcionaban correctamente. Eran dos cosas colgando al final de sus piernas, inútiles, pesadas. Al tocar el piso —un suelo duro, frío, lleno de vidrios rotos y bolsas— vio gente. Más como sombras. También como él. Buscando su lugar. En lo más profundo.

Vio ojos que brillaban en la oscuridad. Vio manos que se estiraban hacia nada. Vio bocas que murmuraban sin sonido.

Zachary se levantó como pudo. Decidió subir rápidamente a la carretera. En medio del camino. Con las manos temblando, dio pasos. Pequeños. Sin conocer el rumbo. Nadie en verdad lo conoce —pensó—. Y él ya lo sabía. No hay guía más que sus pensamientos. Su voluntad. Aunque sea vacía, es de él.

Los carros pasaban uno tras otro en esa noche. Los faros alumbraban su rostro por segundos, luego lo dejaban otra vez en la oscuridad. Él tapaba su rostro con esas manos llenas de tierra.

Caminando al amanecer que ahora ya no le temía.

Porque, aunque no haya dirección, el camino le pertenece.

AREA-B
애인은 있는
연애좀 해야지
₩100,000